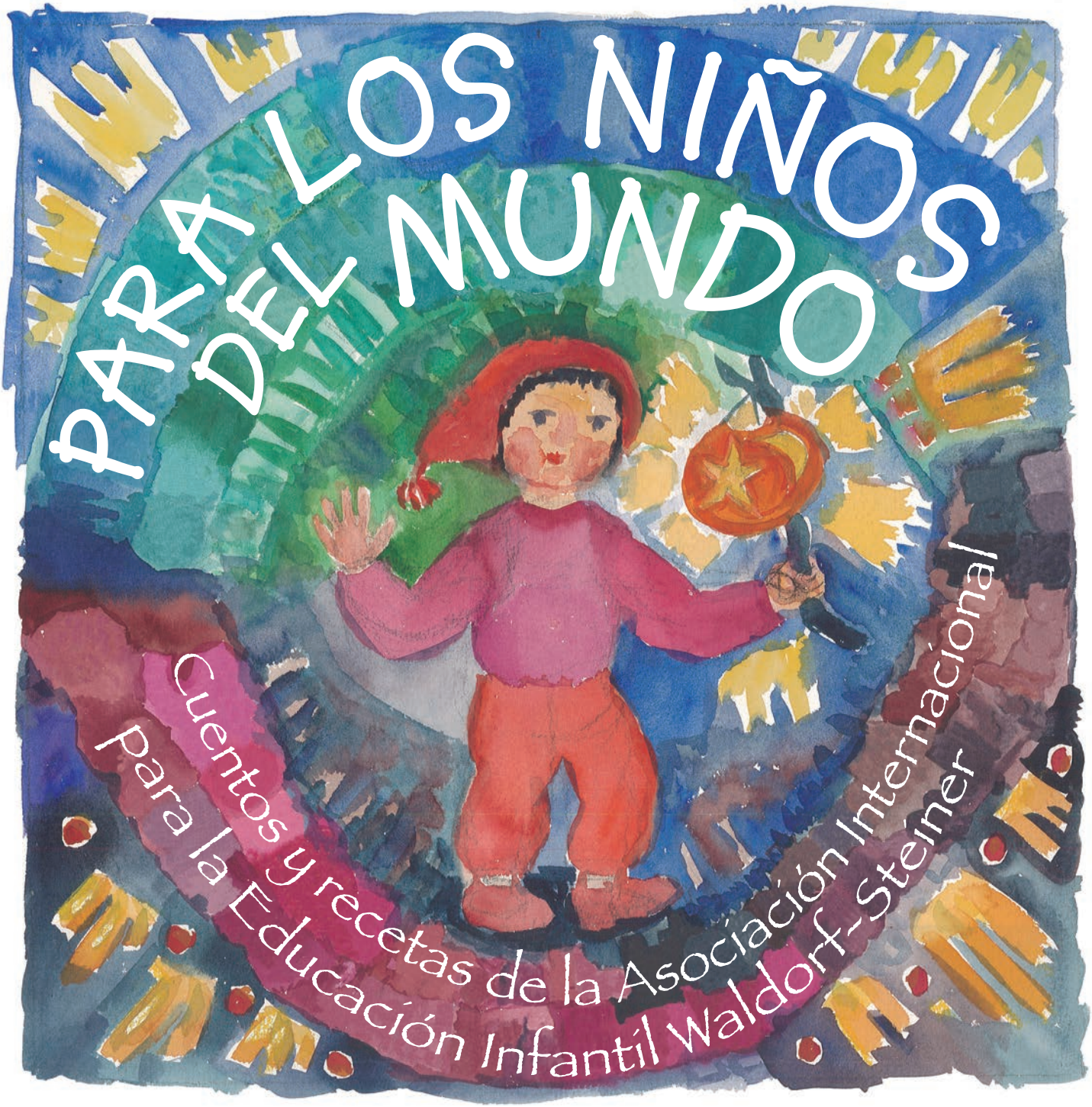
PARA LOS NIÑOS DEL MUNDO



Cuentos y recetas de la Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf-Steiner

Para los Niños del Mundo



Para los Niños del Mundo

Cuentos y recetas de la Asociación Internacional
para la Educación Infantil Waldorf-Steiner

Edición original: Louise de Forest - Ilustraciones de Gudrid Malmsten
Edición en castellano: Editorial Rudolf Steiner de Madrid, España

ASOCIACIÓN NORTEAMERICANA DE EDUCACIÓN INFANTIL WALDORF
EDITORIAL RUDOLF STEINER - MADRID - ESPAÑA

Edición: *Louise de Forest*
Ilustraciones interiores y de las tapas: *Gudrid Malmsten*
Diseño gráfico e impresión: *Lory Widmer*
Nuestro más sincero agradecimiento a todos aquellos que han contribuido con cuentos y recetas para esta recopilación.
Las ganancias producidas por la venta de este libro irán a beneficio de IASWECE, Asociacion Internacional para la Educación Infantil Waldorf Steiner. Esta edición ha sido posible gracias a la colaboración de la **Editorial Rudolf Steiner**.
Para más información acerca de los cuentos y los colaboradores ir a la página

Waldorf Early Childhood Association of North America
285 Hungry Hollow Rd.
Spring Valley, NY 10977 - 845-352-1690
info@waldorfearlychildhood.org - www.waldorfearlychildhood.org

Para conseguir el catálogo completo de libros, contacte con WECAN o visite nuestra tienda online: store.waldorfearlychildhood.org

Editorial Rudolf Steiner S.L.
Calle Guipúzcoa nº 11 -1º izda - 28020 Madrid - España
Telf. 91.553.14.81-91.185.07.98 - www.editorialrudolfsteiner.com

Título original: *For the Children of the World*
Primera Edición en Inglés:
© 2012 Waldorf Early Childhood Association of North America
© 2014 Editorial Rudolf Steiner, Madrid España.

Traductor: Alberto Caballero Villar
Maquetación: Lola López de Cuéllar
ISBN Nº: 978-84-92843-49-7
Depósito Legal: M-31593-2014

Índice

INTRODUCCIÓN - 11
PREFACIO A LA EDICIÓN EN CASTELLANO - 13

ÁFRICA

SUDÁFRICA El nombre del árbol - 17

ASIA

ISRAEL Tunjur, Tunjur -23
JAPÓN Momotaro, el niño melocotón - 29

AUSTRALIA

AUSTRALIA La pequeña llama - 37
AUSTRALIA La pequeña zarigüeya que quería un melocotón - 41
AUSTRALIA Hora de ir a la cama - 47
AUSTRALIA ¿Dónde ha ido Padre Sol? - 51
RECETA: TARTA DE CUMPLEAÑOS DE PEPPERCORN - 55

EUROPA

AUSTRIA El viaje del patito - 59
BÉLGICA La historia del gato que tenía la cola muy, muy larga - 61
DINAMARCA Tom el sastre - 67
FRANCIA La pequeña ardilla del fresno y la pequeña ardilla del roble - 71

FRANCIA Turlutin - 75
ALEMANIA El Farol - 79
HUNGRÍA Uvas que hablen, manzanas que sonrían y melocotones que suenen - 83
SUECIA La anciana y el ratoncito - 89
UCRANIA Señor Gato - 93
REINO UNIDO El cuento de la piedra de sopa - 97

RECETAS:

GALLETAS SPITZBUBEN (NIÑOS TRAVIESOS) - 99
SOPA DE MICAEL - 100
BEBIDA VERANIEGA DE SAÚCO DE SAN JUAN - 101
POGACHA DE PATATA (PAN DE PATATA) - 102
PRETZELS SALADOS - 104
PANECILLOS DE PASCUA (HOT CROSS BUNS) - 105

AMÉRICA DEL NORTE

CANADÁ Cómo el petirrojo se hizo con el rojo de su pecho - 109
MÉXICO Tajín y los siete truenos - 113
MÉXICO La leyenda de Tepozteco - 117
ESTADOS UNIDOS Las historia del ratón saltarín - 123

RECETAS:

PAN CASERO CREE - 130
TAMALES - 131
MAGDALENAS DE CUMPLEAÑOS - 133

AMÉRICA DEL SUR

BRASIL La piedra mágica - 137
BRASIL El pez dorado y la estrella mágica - 141
BRASIL La pequeña semilla - 145

INFORMACIÓN SOBRE LOS CUENTOS Y LOS CONTRIBUYENTES - 149

INFORMACIÓN SOBRE IASWECE - 151



Introducción

Al ser una de las dos representantes de Norteamérica en el Consejo de la Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf Steiner (IASWECE), asisto a dos reuniones del Consejo al año. Normalmente cada reunión se celebra en uno de los países miembros. Es un privilegio poder sentarme alrededor de una mesa con representantes de veintinueve países, todos dedicados al apoyo y protección de los niños del mundo, y muy a menudo me impresiona que la vida se haya desarrollado de forma que podamos reunirnos y trabajar juntos como compañeros. También me siento agraciada por el nivel de compromiso, dedicación y los propios años de experiencia de todos los que representan a sus países en estas reuniones, y siempre he deseado que otros compañeros puedan tener la vivencia de este movimiento de ámbito mundial.

Este libro empezó a gestarse en una de dichas reuniones del Consejo. ¡Acaso no sería maravilloso, pensé, que pudiera conseguir que mis compañeros angloparlantes pudieran tener la vivencia de la riqueza cultural y la diversidad del movimiento de educación infantil Waldorf! Mientras estábamos hablando del presupuesto, yo estaba soñando despierta, y pensé: si pudiéramos recaudar fondos para apoyar la continua formación de maestros a nivel mundial (aspecto que se encuentra entre los principales compromisos de IASWECE) al mismo tiempo que sirviéramos como recurso para padres y maestros de habla inglesa, ¡sería perfecto!

Compartí la idea con el resto de los miembros del Consejo, y éstos respondieron con entusiasmo. Les pedí que me enviaran cuentos que transmitieran el sentir de sus países o que hubieran tenido un significado especial en sus vidas como maestros. También les pedí que compartieran recetas que hubieran utilizado con los niños en sus grupos, y que igualmente reflejaran algún aspecto de su país. La mayoría de los cuentos y recetas de este libro me las enviaron representantes del Consejo de IASWECE; algunas otras las he encontrado y adaptado para los niños pequeños yo misma. Están todas en este libro con el ánimo de forjar un sentido de conexión y compañerismo con todos aquellos que se dedican a proteger y mantener el sentido de la infancia.

Gudrid Malmsten, representante de Suecia, ha donado a este proyecto las maravillosas ilustraciones, y WECAN va a donar todos los beneficios de la venta de este libro a IASWECE para financiar proyectos infantiles en diversas partes del mundo.

Cada uno de los cuentos lleva impresos los deseos más cariñosos de los maestros Waldorf/Steiner de todo el mundo. Puede que nunca lleguéis a conocerlos personalmente, pero espero que cuando contéis estos cuentos a los niños, sintáis que los compañeros de todo el mundo están sentados a vuestro lado, compartiendo el precioso trabajo de la educación infantil.

Louise de Forest
Diciembre de 2011

Prefacio a la edición en castellano

Ante todo agradecer a la editora Louise de Forest la idea de la publicación de este libro, que tantos niños van a disfrutar, directa e indirectamente: los que van a escuchar estos cuentos, y los que van a recibir los frutos de la Pedagogía Waldorf que la venta de este libro sustenta.

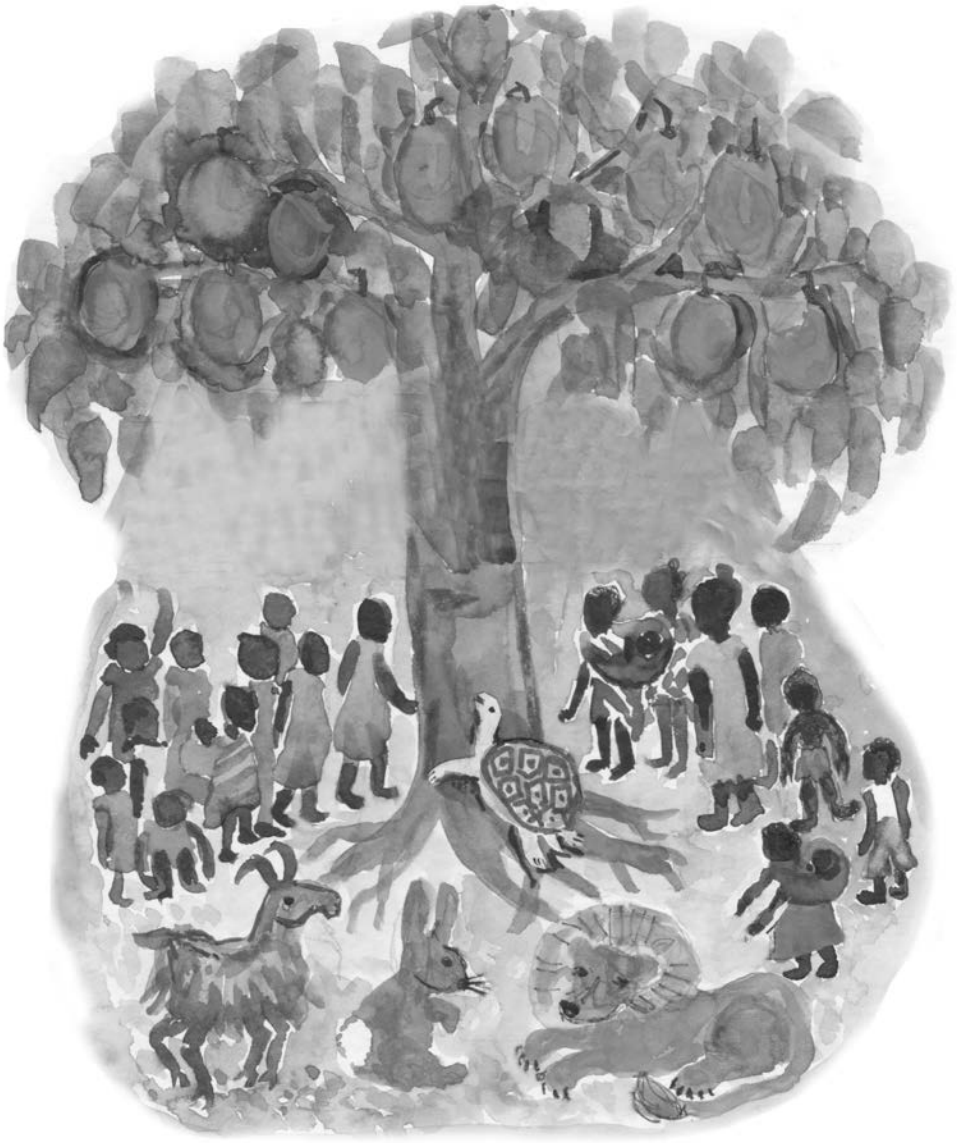
Lo segundo, agradecer a la Editorial Rudolf Steiner de Madrid que desde el primer momento quiso formar parte de este proyecto, donando todos los beneficios de la venta a los proyectos de la Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf Steiner.

Lo tercero, agradecer al traductor, Alberto Caballero, que de la misma manera y sin dudarlo, ha regalado todo su trabajo de traducción.

Y por último, agradecer a cada persona que compre este libro pues, contribuyendo con este gran proyecto educativo que es IASWECE, contribuye a la felicidad de muchos niños en el mundo entero.

Lourdes Tormes
Representante de España
En IASWECE

África



El nombre del árbol

UN CUENTO DE SUDÁFRICA

Hace mucho, mucho tiempo, hubo escasez de alimentos en la tierra, y todo el mundo tenía hambre. Sin embargo, en aquella tierra creció un árbol que estaba cubierto de deliciosa fruta. Pero se sabía que la fruta de aquel gran árbol solo caía cuando alguien pronunciaba el nombre del árbol.

La gente cada vez pasaba más hambre. Todos se reunieron alrededor del árbol para esperar a que la fruta madurara y cayera. Cuando la fruta estuvo casi madura, se horrorizaron al descubrir ¡que nadie sabía el nombre del árbol!

"Que la veloz liebre cruce las montañas y vaya a la casa del Gran Jefe. Él sabe cómo se llama el árbol y la liebre puede volver rápido con el nombre. ¡Corre y tráenos el nombre; corre, corre por los campos y las montañas!" Así hablaron los habitantes del pueblo.

"Saludos, Gran Jefe, ¿puede decirme el nombre del árbol que crece en nuestro pueblo?", preguntó la liebre.

"El árbol se llama U-wun-ge-lay-ma. Cuando vuelvas a tu pueblo, ponte delante del árbol, di el nombre y la fruta caerá", dijo el Jefe.

"Gracias, Gran Jefe", dijo la liebre.

Pero la liebre iba tan rápido de regreso al pueblo que ni siquiera iba mirando por donde iba, tropezó con una raíz y cayó rodando por una colina.

Finalmente llegó al pueblo. Se paró delante del árbol y gritó: "¡U-wun-ga-tu-ma!"

"¡U-wun-ga-tu-ma!", repitieron los habitantes del pueblo. Pero no cayó ninguna fruta del árbol.

"¡Fuera, fuera del pueblo! ¡Has olvidado el nombre!", gritaron enfadados los habitantes del pueblo. Y la liebre, cabizbaja, se fue del pueblo.

"Mandemos a la cabra; es fuerte y decidida y no se parará para comerse las hojas del camino", dijeron los habitantes del pueblo. "Rápido, ve y tráenos el nombre. ¡Corre, corre por los campos y las montañas!"

"Saludos, Gran Jefe, ¿puede decirme el nombre del árbol que crece en nuestro pueblo?", preguntó la cabra.

"El árbol se llama U-wun-ge-lay-ma", dijo el Jefe.

"Gracias, Gran Jefe", dijo la cabra.

Después, volvió corriendo a casa, pero por el camino sus cuernos se incrustaron en un árbol. Luchó durante largo rato para desatascar sus cuernos, hasta que finalmente logró liberarse, pero para entonces ya se había olvidado del nombre del árbol. Llegó al pueblo, se paró delante del árbol y gritó: "¡U-wun-tu-gay-la!"

Pero no cayó ninguna fruta del árbol.

"¡Fuera, fuera del pueblo! ¡Has olvidado el nombre!", gritaron enfadados los habitantes del pueblo. Y la cabra, cabizbaja, se fue del pueblo.

"Ahora deberíamos mandar al león, que es tan rápido como fuerte y no tiene cuernos que se puedan incrustar en un árbol."

"Rápido, ve y tráenos el nombre. ¡Corre, corre por los campos y las montañas!", dijeron los habitantes del pueblo.

El león también llegó hasta el Jefe y le dijo: "Saludos, Gran Jefe, ¿puede decirme el nombre del árbol que crece en nuestro pueblo?"

"El árbol se llama U-wun-ge-lay-ma", dijo el Jefe.

"Gracias, Gran Jefe", dijo el león.

Mientras regresaba al pueblo, el león se sintió muy cansado y se tumbó a descansar a la vera del camino. Cuando despertó, el nombre se le había ido de la cabeza. Llegó al pueblo, se paró delante del árbol y gritó: "¡U-way-ma-luna!"

"¡U-way-ma-luna!", gritaron los habitantes del pueblo. Pero no cayó ninguna fruta del árbol.

"¡Fuera, fuera del pueblo! ¡Has olvidado el nombre!", gritaron enfadados los habitantes del pueblo. Y el león, cabizbajo, emprendió su marcha.

"Bien, amigos, mandemos ahora a la tortuga", dijeron los habitantes del pueblo.

"Que vaya, todos hemos fracasado, que fracase ella también", dijo el león.

Antes de partir, la tortuga fue a ver a su madre. "Madre, ¿cómo puedo recordar un nombre muy difícil?", le preguntó.

"Querida hija, si deseas recordar algo, repítelo una y otra vez, y no dejes de repetirlo bajo ningún concepto", le aconsejó su madre.

Y la tortuga se fue mientras los habitantes del pueblo se lamentaban,

¿Cómo vamos a aprender el nombre?
Primero fue la liebre, que se cayó por el camino;
después la cabra, que se le atascaron los cuernos.
después el león, que bostezó y se durmió,
Y ahora la tortuga, que va lenta, lenta por el camino...

"Voy lenta y segura por el camino. Pero hoy volveré con el nombre", dijo la tortuga para sí misma.

"Saludos, Gran Jefe, ¿puede decirme el nombre del árbol que crece en nuestro pueblo?"

"El árbol se llama U-wun-ge-lay-ma."

"¿Puedes decírmelo una vez más?", le pidió la tortuga.

"U-wun-ge-lay-ma", respondió el Jefe.

"U-wun-ge-lay-ma. ¡Gracias, Gran Jefe!", dijo la tortuga.

La tortuga volvió al camino repitiendo el nombre mientras avanzaba. Al pasar por la casa del vecino, este la llamó.

"Querida amiga, debes de estar cansada. ¿Por qué no descansas un rato?"

"¡U-wun-ge-lay-ma! Se para a descansar cuando se ha llegado", dijo tranquilamente la tortuga.

"¡U-wun-ge-lay-ma!", dijo la tortuga delante del gran árbol.

"¡U-wun-ge-lay-ma!", dijeron todos los habitantes del pueblo.

El gran árbol meció sus ramas y la deliciosa fruta cayó al suelo. Los habitantes del pueblo cantaron contentos. Unieron sus manos y bailaron alrededor del árbol mientras cantaban:

¡Como sabemos el nombre, contentos estamos.
Nunca jamás hambre pasaremos.
A la tortuga y al árbol se lo agradecemos!

Asia

Tunjur, Tunjur

UN CUENTO DE ISRAEL

Había una vez una mujer que no podía tener hijos y deseaba tener uno. Un día se puso a rezar: "¡Oh, Señor!, ¡qué mujer más desafortunada soy! ¡Ojalá pudiera tener un hijo! ¡Que Alá me dé una hija, aunque sea una cazuela!" Y un día se dio cuenta de que estaba embarazada. Pasaron los días, llegó el momento de dar a luz y dio a luz una cazuela. ¿Qué podía hacer la pobre mujer? La fregó y la limpió bien, le puso la tapa y la colocó en una estantería.

Un día la cazuela comenzó a hablar. "Madre, madre", dijo, "bájame de esta estantería".

"Pero hija, ¿dónde quieres que te ponga?, dijo la madre.

"¿Qué mas da?", dijo la hija, "tú bájame de aquí y te haré rica para siempre".

La madre la bajó. "Ahora ponme la tapa", dijo la cazuela, "y déjame en la calle".

La madre hizo lo que le había pedido la hija. Le puso la tapa y dejó la cazuela en la calle.

La cazuela empezó a rodar mientras cantaba:

Tunjur, tunjur, clink, clink, clink, ¡Oh, madrecita!

Siguió rodando hasta llegar a un lugar en el que se reunía la gente. Al cabo de un rato, la gente empezó a pasar por allí. Llegó un hombre y se encontró la cazuela allí parada. "¡Eh!" exclamó, "¿quién ha puesto esto en medio del camino? ¡Cielos, es una cazuela preciosa! ¡Debe de ser de plata!". La miró detenidamente. "¿De quién es esta cazuela?", gritó entre la gente. "¿Quién la ha dejado aquí?" Nadie la reclamó. "Caramba", dijo, "me la llevaré a casa".

De regreso a su casa se encontró con un vendedor de miel. Hizo que le llenara la cazuela de miel y se la llevó a su mujer. "Mira, esposa", dijo, "¡qué cazuela más maravillosa!". A toda la familia le encantó la cazuela.

Unos días más tarde la familia tuvo invitados y les quiso ofrecer un poco de miel. La mujer de la casa bajó la cazuela de la estantería. Empujó y tiró de la tapa, empujó y tiró, ¡la cazuela no se abría! Llamó a su marido para que la ayudara. Él empujó y tiró, empujó y tiró, pero tampoco pudo abrirla. Los invitados también se pusieron a ayudar, pero no había forma. El hombre levantó la cazuela y la dejó caer tratando de romperla para abrirla, pero tampoco se rompió. Lo intentó con un martillo y un cincel, pero tampoco lo consiguió; la cazuela siguió totalmente cerrada. ¿Qué podía hacer el hombre? "Mala suerte tenga tu dueño", gritó mientras la tiraba por la ventana.

Cuando la familia y sus invitados se hubieron dado la vuelta, la pequeña cazuela empezó a rodar cantando:

Tunjur, tunjur, ¡Oh, madrecita!
En mi boca traje la miel,
Clink, clink, clink.
En mi boca traje la miel,
¡oh, madrecita!

"Súbeme a casa", llamó a su madre cuando hubo vuelto a casa.

"¡Ay!", exclamó su madre, "creí que habías desaparecido, ¡que alguien te había cogido y te había llevado!".

"Cógeme", dijo la hija.

Al levantar a la hija, la madre quitó la tapa y encontró la cazuela llena de una miel dorada. ¡Estaba encantadísima!

"Vacíame", dijo la cazuela. La madre vació la cazuela y la devolvió a su estantería.

Al día siguiente la cazuela dijo: "Madre, bájame".

La madre la bajó de la estantería.

"Madre, déjame afuera".

La madre puso la cazuela en la calle y esta empezó a rodar mientras cantaba:

Tunjur, tunjur, clink, clink, clink, ¡oh, madrecita!

Siguió rodando hasta encontrar un lugar en el que se reunía mucha gente y entonces se paró. Un hombre que pasaba por allí la encontró.

"Vaya", pensó, "¿qué tipo de cazuela es esta?". La miró de arriba abajo y la encontró preciosa.

"¿De quién es esto?, ¿quién es el dueño de esta cazuela?", gritó. Esperó un rato, pero nadie la reclamó. "Caramba", dijo, "me la llevaré a casa".

Se la llevó, y de camino a su casa paró en la carnicería para que se la llenaran de carne. Al llevarla a casa le dijo a su mujer: "Esposa, ¡mira qué bonita es la cazuela que me he encontrado! Caramba, me pareció tan buena que la llené de carne y te la he traído".

"¡Bien!", dijo la familia, "¡qué afortunados somos! ¡Qué cazuela tan bonita!". Y la pusieron en una estantería. Llegando la noche quisieron cocinar la carne. La señora empujó y tiró de la tapa, empujó y tiró, pero la cazuela no se abría. ¿Qué podía hacer la señora? Llamó a su marido y a sus hijos para que la ayudaran. La levantaron, la tiraron, la golpearon, pero no había manera. Incluso la llevaron al herrero, pero no consiguieron abrirla.

El hombre tiró la cazuela tan lejos como pudo. En cuanto el hombre se dio la vuelta, la pequeña cazuela empezó a rodar mientras cantaba.

Tunjur, tunjur, ¡Oh, madrecita!
En mi boca traje la carne,
Clink, clink, clink.
En mi boca traje la carne,
¡oh, madrecita!

Siguió cantando la canción hasta que llegó a su casa de nuevo.

"Levántame", dijo a su madre. La madre la levantó, cogió la carne, fregó la cazuela y la puso en su estantería.

"Sácame de la casa", dijo la cazuela al día siguiente. La madre la sacó y la cazuela cantó *Tunjur, tunjur, clink, clink, clink* mientras se iba rodando. Llegó a un lugar cercano a la casa del rey y allí se detuvo. Se dice que por la mañana el hijo del rey salió de la casa y, ¡caramba!, allí estaba la cazuela quietecita en su sitio.

"¡Eh!, ¿qué es esto? ¿De quién es esta cazuela?" Nadie contestó. "Caramba", dijo, "me la llevaré a casa". Se la llevó a casa y llamó a su esposa. "Esposa", dijo, "toma esta cazuela. La he traído para ti. ¡Es la cazuela más bonita del mundo!".

La mujer cogió la cazuela. "¡Bien! ¡Es preciosa!, voy a poner todas mis joyas dentro, incluso las que llevo puestas ahora", dijo. Puso todas sus joyas en la cazuela, y todo su dinero, y todo su oro, y llenó la cazuela hasta que estaba a punto de rebosar. Después le puso la tapa y la dejó en una estantería.

Pasaron dos o tres días, y llegó el momento de ir a una boda. La mujer se puso su vestido más bonito y sacó la cazuela para ponerse las joyas. Empujó y tiró de la tapa, empujó y tiró, pero la cazuela no se abrió. Llamó a su marido, pero él tampoco pudo abrirla. La llevaron al herrero, y también él lo intentó, pero no había forma. Enfadadísimo, el príncipe tiró la cazuela por la ventana. "¡Mala suerte tenga tu dueño!", gritó. "¡De qué nos sirves!" Por supuesto, al príncipe no le gustó la idea de perder lo que había dentro de la cazuela, así que fue a buscarla. En cuanto el príncipe se hubo dado la vuelta, la cazuela se fue rodando mientras cantaba:

Tunjur, tunjur, ¡Oh, madrecita!
En mi boca traje el tesoro,
Clink, clink, clink.
En mi boca traje el tesoro,
¡oh, madrecita!

"Levántame", le dijo la cazuela a su madre una vez hubo llegado a casa. Al levantarla, la madre quitó la tapa.

"¡Cielos!", gritó. "¿De dónde has sacado esto? ¿Qué es todo esto?" Ahora la madre era rica y ya no tenía más preocupaciones.

"Ya es suficiente", le dijo la madre a la hija mientras sacaba el tesoro, "no deberías salir más o la gente te va a empezar a conocer".

"No, no", suplicó su hija, "déjame salir solo una vez más".

Al día siguiente la cazuela salió cantando: *Tunjur, tunjur, clink, clink, clink.* El hombre que la encontró la primera vez la volvió a ver.

"Eh, pero, ¿qué es lo que ven mis ojos?", exclamó. "Debe de ser mágica porque siempre está engañando a la gente. ¡Cielos! La llenaré de alquitrán." Y eso fue justo lo que hizo. Le puso la tapa y la cazuela se fue rodando mientras cantaba:

Tunjur, tunjur, ¡Oh, madrecita!
En mi boca traje el alquitrán,
Clink, clink, clink.
En mi boca traje el alquitrán,
¡oh, madrecita!

"Levántame", dijo la cazuela al llegar a casa. La madre miró dentro y vio que estaba llena de alquitrán.

"¡Te dije que no volvieras a salir, que la gente te iba a conocer! ¿No crees que ya es suficiente?" Pero la cazuela no dijo nada.

La madre frotó y frotó la cazuela, pero no podía limpiarla. Y desde aquel día, la cazuela se quedó en su estantería.

Esta es mi historia. La he contado y en tus manos la dejo.

Momotaro, el niño melocotón

UN CUENTO DE JAPÓN

Vivía una vez un viejo leñador con su esposa. Habían vivido bien durante muchos años, pero nunca habían recibido la bendición de tener un hijo al que amar. A menudo se sentían tristes y solos.

Un día el leñador se dirigió al bosque y su esposa al río para lavar la ropa. Pero justo en el momento en el que mojó las ropas en el agua, se quedó extasiada al ver un melocotón grande y precioso flotando río abajo. Era un melocotón mucho más grande que ninguno que hubiera visto antes.

"¡Ese melocotón será una gran cena para mi marido!", dijo ella. Y sacó el melocotón del río.

Esa tarde le enseñó el melocotón con orgullo al viejo leñador y él le dijo que era un melocotón suficientemente grande para que los dos lo compartieran. Así pues, ella estaba a punto de cortarlo por la mitad cuando se oyó una voz desde el interior: "!Esperad!, ¡no me cortéis!". La cáscara del melocotón se abrió y un bebé tan redondo y rosado como el propio melocotón saltó desde dentro.

"No os asustéis", les dijo a los ancianos atónitos, "sois demasiado buenos para estar tristes y solos, así que el Dios de los Cielos me ha enviado para que sea vuestro hijo". Y fueron afortunados de tener a un niño tan bueno por hijo. Lo llamaron Momatoro, que significa Niño Melocotón.

Cuando Momatoro se hizo mayor, un día se acercó a su padre y le dijo: "Padre, has cuidado muy bien de mí, pero ahora soy mayor. Debo marchar por el mundo para hacer mi propio camino. He oído que hay una isla muy lejana en la que

viven temibles ogros que atacan a la gente y les roban sus pertenencias. Por favor, déjame que vaya a luchar contra ellos para devolver los tesoros que se han llevado".

"Te echaremos de menos, hijo mío, pero es muy bueno que quieras ayudar a otros", dijo el anciano. Le dio una espada y una armadura mientras la anciana madre le preparaba unos rollitos de mijo de comida.

Momotaro partió caminando hacia el mar. Mientras caminaba, se encontró a un perro con lunares. El perro gruñó a Momotaro y estaba a punto de morderle, pero de repente olió los rollitos. Le cantó:

Momotaro el hijo, Momotaro el hijo
Llevas rollitos en el bolsillo,
Por favor, ¡oh!, por favor, ¿puedes darme un poco de mijo?

Momotaro le cantó:

Sí lo haré, sí lo haría
Si a los ogros me ayudas a vencer.

Momotaro le dio al perro uno de sus rollitos y se lo comió de un bocado. El perro se volvió muy amistoso y le dijo que le acompañaría a luchar contra los ogros.

Te voy a seguir, te voy a seguir,
donde tú quieras ir.

Momotaro y el perro de lunares siguieron caminando y pronto se encontraron con un mono. El mono estaba a punto de empezar a pelear con ellos, pero de repente olió los rollitos. Él cantó:

Momotaro el hijo, Momotaro el hijo
Llevas rollitos en el bolsillo,
por favor, ¡oh!, por favor, ¿puedes darme un poco de mijo?

Momotaró le cantó:

Sí lo haré, sí lo haría
Si a los ogros me ayudas a vencer.

Momotaró le dio al mono uno de sus rollitos y se lo comió de un bocado. El mono se volvió muy amistoso y le dijo que le acompañaría a luchar contra los ogros.

Te voy a seguir, te voy a seguir,
donde tú quieras ir.

Los tres amigos continuaron el camino y pronto se encontraron con un faisán. El faisán estaba a punto de empezar a luchar con los otros animales con mucha ferocidad, pero de repente olió los rollitos. Él cantó:

Momotaro el hijo, Momotaro el hijo
Llevas rollitos en el bolsillo,
Por favor, ¡oh!, por favor, ¿puedes darme un poco de mijo?

Momotaro le cantó:

Sí lo me ayudas a vencer.

Momotaro le dio al faisán uno de sus rollitos. El faisán se lo comió de un bocado y se volvió muy amistoso, y dijo que él también los acompañaría a luchar contra los ogros.

Te voy a seguir, te voy a seguir,
A donde tú quieras ir.

Los tres amigos continuaron con Momotaro, que era su líder. Cuando llegaron a la orilla del mar, Momotaro construyó una barca para que pudieran navegar hasta la isla de los ogros. Cuando llegaron a la isla encontraron un gran fuerte lleno de ogros verdes, azules y rojos. El faisán voló por encima de las murallas y empezó a picotearles en la cara, y mientras le intentaban golpear con sus garrotes, el mono abrió la puerta. Entonces Momotaro y el perro entraron corriendo.

Lucharon mucho y con valentía. El faisán picoteaba, el mono arañaba y el perro mordía, mientras la espada de Momotaro se movía como un rayo. Finalmente derrotaron a los ogros. Juraron no volver a molestar a Momotaro o a su gente y sacaron todos los tesoros que habían robado.

Era el tesoro más maravilloso que se pueda imaginar, con oro, plata y piedras preciosas. Momotaro y sus amigos lo llevaron todo hasta su barca y navegaron de vuelta a casa. Fabricaron un carro muy fuerte para llevar todo el tesoro a la casa de Momotaro.

Por el camino devolvieron todo el tesoro que pudieron a las gentes a las que los ogros se la habían quitado. Aún quedó mucho para llevarlo a casa de los padres de Momotaro y hacerlos ricos para el resto de sus vidas.

Pero de lo que más contentos estaban los padres era de tener a su amado hijo de vuelta, con sus compañeros el perro, el mono y el faisán. Fieles a su palabra, los tres amigos siguieron a Momotaro y le sirvieron durante el resto de sus vidas.



Australia



La pequeña llama

Un cuento de Sandra Busch. AUSTRALIA

Nota del autor: *Esta historia la escribí pensando en los niños y como respuesta a los grandes fuegos que han amenazado Australia todos los veranos de los últimos años. El fuego significa muchas cosas. Los aborígenes usaban el fuego para quemar los arbustos, crear campos verdes y facilitar nuevos cultivos. Hay muchas plantas nativas que necesitan el calor del fuego para abrir sus vainas para facilitar la germinación. Aunque nosotros usamos el calor para calentar, cocinar y procesar, este puede ser una amenaza y nos puede sobrepasar cuando está fuera de control, y me pregunto si el elemento del fuego en el alma de los seres humanos también puede hacer esto cuando perdemos nuestro control humano. Era importante para esta historia que se redimiera el elemento del fuego, para que pudiera ser contenido y se le cuidara, y así ofrecer algo de sí mismo. La historia también incluye regalos de nuestro sentido social, de la Madre Tierra, del mundo espiritual y de los seres elementales.*

Érase una vez un viajero muy cansado que vagaba por un camino polvoriento. Estaba agotado y tenía hambre, puesto que había estado caminando durante muchos días, y cuando llegó al bosque se quitó la mochila, juntó algunos palos y hojas, y encendió un pequeño fuego para prepararse un poco de té. Después se echó junto al fuego y se quedó dormido.

Mientras dormía, un travieso fuego sopló y sacó una pequeña llama de la hoguera. El viento y la llama empezaron a jugar juntos, corriendo por la hierba, a través de los arbustos y subiéndose a los árboles. Ni siquiera miraban por dónde iban y lo quemaban todo a su paso. El viajero se despertó y huyó de las

llamas. Los animales también huyeron. El canguro saltó, el wombat rodó por el suelo y los pájaros subieron al cielo volando.

El viento y la llama se avivaron y se hicieron grandes y salvajes. Pasaron del bosque a los jardines y casas, y la gente tuvo que irse de sus hogares. Madre Tierra le pidió al viento y a la llama que pararan, que se calmaran, pero ellos no prestaron atención a las peticiones de Madre Tierra. Así que Madre Tierra le pidió ayuda a nuestro Padre que está en el cielo y así el llamó a la luna y a las estrellas para que también los ayudaran.

Pronto hubo una nube llena de lluvia acercándose por el cielo. Los buenos vientos la acercaron hasta donde el fuego estaba ardiendo. Cuando la lluvia empezó a caer, las llamas se empezaron a encoger y encoger hasta que el fuego se apagó. "Gracias", dijo Madre Tierra.

Al día siguiente, dos niños volvieron a su casa cerca del bosque. A su alrededor podían ver a sus amigos los árboles tristes y negros. Su madre les dijo que podían llevar el agua del baño a los árboles, así que llenaron sus cubos y sacaron el agua del baño al bosque donde vieron al viajero. Él les dijo que los ayudaría y juntos sacaron cubos de agua para todos los árboles que había cerca y le dieron a cada uno un sorbo de agua.

Según trabajaban, los niños vieron un palito que todavía estaba ardiendo. "Esta debe de ser la llama que se salió de la hoguera", dijeron, y corrieron a casa para pedirle a la madre un contenedor para guardar la pequeña llama. Llevaron el contenedor al viajero y él cogió el pequeño palo ardiendo con su llama y lo llevó con cuidado en el contenedor a la casa de los niños, donde lo metió en el horno de leña.

"Aquí es donde debes estar, pequeña llama", dijo. La pequeña llama ayudó a calentar el horno y los niños ayudaron a hacer un pan y un pastel para la cena. Fue una cena muy especial para el viajero, al que pidieron que pasara allí la noche. "Y cada vez que pases por aquí, debes venir a quedarte con nosotros", dijo el padre. Y esto hizo muy feliz al viajero.

Durante todo el día siguiente los dos niños llevaron agua a los árboles. Mientras ellos trabajaban, alguien los vio. Era un gnomo muy viejo y muy sabio que estaba paseando entre los arbustos para ver qué más había que hacer, y cuando vio a los niños atareados se fue directamente junto a la raíz de un árbol a contarle a Madre Tierra lo que estaba ocurriendo. Las hadas escucharon que el gnomo le contaba a Madre Tierra cómo los niños cuidaban de los árboles, entonces las hadas se pusieron a cantar y a bailar. "Sabíamos que los niños nos iban a ayudar, sabíamos que los niños nos iban a ayudar", cantaban, y Madre Tierra sonrío a la vez que su corazón se alegraba.

La pequeña zarigüeya que quería un melocotón

Un cuento de Chrisanthi McManus. AUSTRALIA.

Esta es una historia que comenzó hace muchos, muchos años una noche en medio del invierno cuando el sol se acostaba especialmente temprano y se levantaba extremadamente tarde. La helada era muy densa y tejía un manto blanco que cubría el suelo. Una mañana muy temprano, antes de que el sol hubiera despertado al mundo, una mamá zarigüeya y su pequeño hijo estaban volviendo a su casa del enorme y viejo eucalipto. Estaban muy cansados y tenían mucho frío porque habían estado fuera toda la noche buscando comida.

"¡Todavía tengo hambre!" se quejaba la pequeña zarigüeya.

"Podemos encontrar algunas hojas más", dijo su madre, cansada.

"Pero no quiero hojas. ¡Quiero un melocotón!", dijo él apenado, "o un albaricoque. Una nectarina estaría bien".

La mamá zarigüeya suspiró. Era justo la mitad del invierno y los árboles del huerto del granjero que estaba junto a su monte estaban desnudos. No se podían encontrar ni melocotones, ni albaricoques, ni nectarinas por ningún sitio. Incluso la comida de los arbustos era escasa.

"Oh, querido", dijo la mamá zarigüeya, "lo siento, pero ya no hay".

"¡Ya no hay!", lloró el pequeño.

"Sí, ya no hay", contestó su madre.

"¿Por qué no hay?", quiso saber.

Unas cacatúas que estaban posadas en los árboles que había sobre ellos se despertaron con el ruido y bajaron volando a ver qué era lo que pasaba.

"¡Eh!", gritaron, "¿por qué hacéis tanto ruido? El sol todavía no se ha despertado".

"Lo siento mucho", dijo la mamá zarigüeya, "pero es que mi pequeño quiere un melocotón".

"O una nectarina o un albaricoque", exclamó la pequeña zarigüeya.

"¡Ya no hay melocotones!", gritó una de las cacatúas.

"¡Ya no hay albaricoques!", gritó otra.

"¡Tampoco hay nectarinas!", gritó otra.

"¡Ya no hay!", graznaron las cacatúas, "no hay, no hay, no hay".

"¡Podríais comer unas semillas de hierba!", sugirió una cacatúa muy servicial, "nosotras comimos semillas de hierba ayer".

"Y antes de ayer", graznó otra.

"Y el día antes", graznó la otra.

Las cacatúas y las zarigüeyas miraron la hierba. Estaba blanca y helada.

"¡Yo no quiero hierba helada!", lloró la pequeña zarigüeya, "¡quiero un melocotón!".

En aquel momento, toda una familia de ratoncitos apareció en el claro. Iban de camino a la casa del granjero. Habían planeado encontrar una forma de entrar. También tenían hambre y esperaban poder escabullirse hasta la cocina, donde había un gran acopio de comida. Oyeron la conversación y se pararon a ver qué era lo que pasaba.

"Oh", suspiró la mamá ratón, "¡recuerdo todos los melocotones que crecieron en los árboles del granjero durante el verano! Solíamos arrastrarnos bajo la valla por la noche cuando no había nadie. Solíamos darnos buenas comilonas. Pero ya no hay. No queda ninguno. Por eso nos estamos mudando".

Mientras habían estado hablando, el sol había empezado a levantarse en el cielo de la mañana. El viejo wombat estaba volviendo de tomar su comida nocturna. Ya llegaba tarde a su madriguera porque había tenido que ir más lejos que de costumbre para conseguir comida. Había ido al jardín del vecino y había encontrado unas comidas deliciosas allí. Se acercó al grupo de animales que estaba hablando. Estaban sentados cerca de la entrada de su madriguera.

"¿Qué pasa aquí?", preguntó.

"El pequeñín quiere un melocotón", graznó una de las cacatúas.

"¿Un melocotón?", preguntó el wombat.

"¡Sí! O una nectarina o un albaricoque", exclamó la pequeña zarigüeya.

"¡Pero ya no hay melocotones!", gritó una de las cacatúas.

"¡Tampoco hay albaricoques!", gritó otra.

"¡Tampoco hay nectarinas!", gritó la otra.

"¡Ya no hay!" graznaron las cacatúas, "no hay, no hay, no hay".

"¡Tal vez Madre Tierra se ha olvidado de alimentarnos!", sugirió la mamá ratón, "la comida es escasa en esta época".

Pero el wombat era viejo y había vivido muchos inviernos fríos en su arbusto. "¡Madre Tierra nunca se olvidaría de nosotros!", dijo.

"¿Pero dónde se han ido todos los melocotones?", preguntó la pequeña zarigüeya.

"¿Por qué no le preguntamos a Madre Tierra?", sugirió el viejo wombat.

"¿Preguntarle a ella?", graznaron las cacatúas.

"¡Qué buena idea!", dijo la mamá zarigüeya.

"Pero, ¿cómo?", preguntó la pequeña zarigüeya.

"Sí, ¿cómo?", preguntaron las cacatúas.

"Bien", dijo el wombat, "podríais venir a mi madriguera, tengo túneles muy profundos en la tierra".

Así que el viejo wombat dirigió el camino hacia su madriguera. Y bajó, bajó y bajó. La pequeña zarigüeya le siguió justo detrás, luego la mamá zarigüeya y toda la familia de ratones, incluso las cacatúas caminaron también, ya que no se lo querían perder.

Y el túnel seguía bajando, bajando y bajando, y el viejo wombat bajó, bajó y bajó con todos los demás siguiéndole justo detrás.

"Ooohhh, ¡está muy oscuro!", graznó una cacatúa.

"Sí, muy oscuro", dijo otra.

Pero, aun así, el viejo wombat siguió avanzando.

Después de lo que pareció muchísimo tiempo, el túnel se abrió al llegar a lo que parecía una gran habitación. Era la habitación de invierno de Madre Tierra, donde muchos de los hijos de Madre Tierra dormían durante el invierno. Ella estaba ocupada ayudando a los laboriosos gnomos a arropar a las semillas bebé en camas blandas y cómodas.

Todos levantaron la mirada cuando vieron a los animales. "Ah, ¡visitantes!", dijo Madre Tierra con una sonrisa muy alegre, "¿en qué puedo ayudaros?".

El viejo wombat habló: "Este jovencito de aquí", dijo mientras señalaba a la pequeña zarigüeya, "quiere un melocotón".

"¡Sí!, o una nectarina o un albaricoque", exclamó la pequeña zarigüeya.

Madre Tierra se rió. "¿Así que eso es?", preguntó con un brillo en sus ojos.

"Sí", continuó la pequeña zarigüeya, "pero ya no hay".

"No hay, no hay, no hay", graznaron las cacatúas.

"¿Por qué no hay, Madre Tierra?", preguntó el pequeño.

"Bien, los melocotones son frutas del sol, puesto que necesitan al sol para que los haga dulces y jugosos. Pero el sol está en su camino invernal y por eso es el momento de que la naturaleza tenga su descanso invernal. Los melocotoneros

también están descansando. Se despertarán cuando el sol vuelva para calentar la tierra. Cuando los días sean largos y cálidos, entonces habrá melocotones en los árboles."

"¡Pero yo tengo hambre ahora!", dijo apenada la pequeña zarigüeya.

"Lo sé", dijo Madre Tierra cariñosamente, "pero no estés triste. Tengo un almacén invernal de comida para que puedan comer mis hijos que no duermen". Y se acercó a uno de sus laboriosos gnomos, el cual trajo un maravilloso banquete para los animales. Había nueces, moras, algunas frutas que había secado el sol, resina de acacia caramelizada y muchas otras comidas deliciosas del monte.

"¡Muchas gracias, Madre Tierra!", dijeron la pequeña zarigüeya y sus amigos.

"Ahora debes esperar pacientemente tu melocotón, pequeña zarigüeya. Debes ser paciente mientras descansa la tierra".

"¿Cuánto tiempo tengo que ser paciente, Madre Tierra?", preguntó la pequeña zarigüeya.

"Bien, cuando veas florecer las acacias en el monte, sabrás que Padre Sol está empezando su camino de vuelta y que es la hora de que se despierten las frutas". Después Madre Tierra les deseó buen viaje a los animales y ellos comenzaron su largo camino de vuelta a sus casas del monte.

Ahora cada día la pequeña zarigüeya busca los primeros brotes de las acacias, y cuando los ve sabe que Padre Sol ha empezado su camino de vuelta para calentar la tierra y que pronto habrá más melocotones en los árboles para que él pueda comer.

Hora de ir a la cama

Un cuento de Chrisanthi McManus. AUSTRALIA.

Había una vez un niño, más o menos de vuestra edad, al que le encantaba jugar. *Le gustaba correr*

Y saltar

Y brincar

Y escalar.

Lo que más le gustaba era jugar con los animales que vivían cerca. Eran sus amigos.

Una tarde de verano, después de todo un día jugando, el niño se bañó y cenó, y su madre le dijo que era hora de ir a la cama. Pero el pequeño no quería ir a la cama, quería seguir jugando. El cielo todavía estaba claro, así que se puso bata, sus botas y salió a buscar a alguien con quien jugar.

Partió en busca de las cabras para ver si ellas querían correr y saltar con él. Pero no estaban en las colinas donde solía encontrarlas.

"Deben de estar jugando a un juego", dijo el niño pequeño, "están escondidas, me gusta jugar al escondite".

Miró en el prado.

Miró bajo los árboles.

Después miró en la cabaña.

Y allí estaban las cabras, preparándose para ir a dormir.

"No importa", dijo el pequeño, "entonces jugaré con el perro".

Y así partió en busca del perro para ver si quería jugar a la pelota con él. Para entonces, el cielo estaba empezando a oscurecerse. Pero el perro no estaba en el jardín donde solía encontrarlo.

"Debe de estar jugando a un juego", dijo el pequeño, "está escondido, me gusta el escondite".

Así que el pequeño fue a buscarlo.

Miró bajo la casa.

Miró detrás de la cabaña.

Después buscó en la cesta del perro.

Y allí estaba, preparándose para ir a dormir.

"No importa", dijo el pequeño, "entonces jugaré con los pájaros".

Y así partió en busca de los pájaros para ver si querían cantar y reír con él. Pero los pájaros no estaban en el huerto, donde solían estar.

"Deben estar jugando a un juego", dijo el pequeño, "están escondidos, me gusta el escondite".

Así que el pequeño fue a buscarlos.

Miró en las vallas.

Miró en el jardín de las verduras.

Miró en los enormes eucaliptos,

Y allí estaban, ya dormidos.

"No importa", dijo el pequeño, "entonces jugaré solo, puedo jugar a muchas cosas yo solo. Me puedo columpiar, puedo hacer castillos de arena y puedo jugar con la pelota".

Fue a los columpios, pero estaba demasiado oscuro para ver.

Después fue a jugar con la pelota, pero estaba demasiado oscuro y no podía encontrar la pelota.

"Están todos escondidos", dijo.

En ese momento, su madre se acercó buscándole. "¿Dónde están todas cosas con las que juego?", le preguntó.

"Todas las cosas se han ido a la cama", le dijo su madre. "Padre Sol ha puesto una manta sobre la tierra para que todo se pueda ir a dormir. Todavía puedes ver su luz a través de los agujeros de estrella que tiene su manta. Cuando se levante por la mañana, retirará la manta y habrá luz de nuevo. Entonces podrás volver a encontrar todas las cosas con las que juegas".

El pequeño volvió a la casa con su madre. Después de que esta le contara un cuento, el niño se acurrucó en su cama, cómodo y calentito, y en poco tiempo también él se durmió.



¿Dónde ha ido Padre Sol?

Un cuento de Chrisanthi McManus. AUSTRALIA

Una fría y heladora mañana, un pequeño ualabí estaba buscando algo que comer. Pero la hierba estaba helada, así que no pudo comerla. Y las hojas estaban heladas, así que no pudo comerlas.

Incluso la tierra que había bajo sus pies estaba helada y eso hacía que los dedos de sus pies estuvieran fríos.

El pequeño ualabí miró al cielo.

Padre Sol no estaba en lo más alto del cielo.

Se veía a Padre Sol muy lejos.

"Padre Sol se está marchando", gritó el pequeño ualabí, "nunca más volveré a tener calor". Y el pequeño ualabí empezó a llorar: "Baaaa, haa, haa."

Justo en ese momento, un ratoncillo se acercó merodeando. "¿Por qué estás llorando, pequeño ualabí?", preguntó el ratoncillo.

"Padre Sol se está marchando", gritó el pequeño ualabí, "nunca más volveré a tener calor."

Y se sentó junto al ualabí y también se puso a llorar.

"Baaaa, haa", lloraba el pequeño ualabí.

"Baaaa, haa", lloraba el ratoncillo.

Los llantos despertaron a un viejo wombat que estaba metido en su madriguera y salió para ver qué era lo que pasaba. "¿Por qué lloráis, pequeño ualabí y ratoncillo?", preguntó el viejo wombat.

"Padre Sol se está marchando", gritaron el pequeño ualabí y el ratoncillo, "¡y nunca más volveremos a tener calor!".

"Oh", dijo el viejo wombat, "¡no quiero que Padre Sol se vaya!".

Y se sentó junto al ualabí y el ratoncillo y también se puso a llorar.

"Baaaa, haa", lloraba el pequeño ualabí.

"Baaaa, haa", lloraba el ratoncillo.

"Baaaa, haa", lloraba el viejo wombat.

Los llantos eran tan ruidosos que un ave lira no podía ni oírse cantar. "¿Por qué estáis llorando, pequeño ualabí, ratoncillo y viejo wombat?", preguntó el ave lira.

"Padre Sol se está marchando", gritaron el pequeño ualabí, el ratoncillo y el viejo wombat, "nunca más volveremos a tener calor".

"Oh", gritó el ave lira, "¡no quiero que Padre Sol se vaya!".

Y se sentó junto al pequeño ualabí, el ratoncillo y el viejo wombat y también empezó a llorar.

"Baaaa, haa", lloraba el pequeño ualabí.

"Baaaa, haa", lloraba el ratoncillo.

"Baaaa, haa", lloraba el viejo wombat.

"Baaaa, haa", lloraba el ave lira.

Un águila audaz que estaba volando muy alto en el cielo oyó el revuelo y bajo en picado para ver qué era todo ese ruido. "¿Por qué estáis llorando?", preguntó el águila, "¿qué es lo que pasa?".

"Padre Sol se está marchando", gritaron el pequeño ualabí, el ratoncillo, el viejo wombat y el ave lira, "y nunca volveremos a tener calor".

Y se pusieron a llorar una vez más.

"Entonces, ¿por qué no le pedís a Padre Sol que vuelva?", dijo el águila.

"Oh", dijo el pequeño ualabí, "no había pensado en eso".

"Oh", dijo el ratoncillo, "yo tampoco".

"Pero, ¿cómo?", preguntó el viejo wombat, "yo no puedo volar".

"Sí, ¿cómo?", preguntó el ave lira, "el sol está demasiado alto".

Y todos miraron al águila: "Pero tú si que puedes volar alto".

Así que el águila partió para pedirle a Padre Sol que volviera.

Todos los animales se quedaron mirando mientras volaba cada vez más alto hacia el cielo hasta que se le veía como un pequeño puntito.

Después lo vieron acercarse más y más según volvía a la tierra.

"¿Le has visto?", preguntó el pequeño ualabí.

"¿Qué ha dicho?", preguntó el ratoncillo.

"¿Va a volver?", preguntó el viejo wombat.

"Cuéntanos", dijo el ave lira.

Así que el águila les contó que había visto al Sol y que les traía un mensaje.

"Padre Sol va a volver. Si miráis por el monte, veréis su luz en las pequeñas bolitas doradas de los brotes de las zarzas y ellas serán la señal de que él está volviendo".

Y eso hizo muy felices a los animales porque podían ver las zarzas doradas a su alrededor y sabían que volverían a tener calor.

Tarta de cumpleaños de Peppercorn

AUSTRALIA

Esta receta viene del jardín de infancia Peppercorn de la Escuela Rudolf Steiner de Melbourne.

Ingredientes:

4 tazas de harina sin gluten.
1 taza de miel.
1 taza de aceite.
5 huevos.
5 zanahorias ralladas.
1 cucharada de café de crema tártara
1 cucharada de café de bicarbonato.

Preparación:

Mezclar todos los ingredientes juntos y verterlos en un molde.
Hornear durante 55 minutos a 175° C (350° F).
Dejar enfriar. Cortar y servir con fruta fresca.

Compartida por Leanne Moraes.

Europa

El viaje del patito

UN CUENTO DE AUSTRIA

Había una vez un patito que estaba deseoso de ver el mundo. Mientras caminaba, la rana saltarina se cruzó en su camino.

"¿Dónde vas, patito?"

"¡Voy a ver el mundo!"

"¿Puedo ir contigo, patito?"

"Siéntate detrás de mí", dijo el patito. La rana saltó a su cola y el patito siguió su camino con ella.

Pronto se encontraron con la gran rueda de molino. "¿Dónde vais, patito y rana saltarina?", preguntó la gran rueda del molino.

"¡Vamos a ver el mundo!"

"¿Puedo unirme a vosotros?"

"Siéntate detrás de mí", dijo la rana saltarina. La gran rueda de molino se subió y empezaron a trotar. No pasó mucho tiempo antes de que un trocito de carbón con las mejillas rojas y ardientes rodara hasta ellos.

Les preguntó: "¿Dónde vais, patito, rana saltarina y gran rueda de molino?"

"¡Vamos a ver el mundo!"

"¿Puedo ir con vosotros?"

"Siéntate detrás de mí", dijo la gran rueda de molino. El carbón, con sus mejillas rojas y ardientes, saltó sobre la rueda de molino y estaba feliz de que lo llevaran a ver el mundo. Se lo pasaron de maravilla; el patito hacía cuac cuac, la rana saltarina croaba, la gran rueda de molino molía y trituraba, y el carbón silbaba. Caminaron y caminaron hasta que llegaron a un arroyo. ¿Y ahora qué? No había un puente para cruzar al otro lado, no había una pasarela ni piedras por las que pasar...

El patito se hizo al agua alegremente y nadó llevando a los otros a cuestas. Cuando hubo llegado a la mitad del arroyo, dijo: "¡Agarraos fuerte! Quiero bucear un poco para coger un gusano". Y adiós, ese fue el final de la gran rueda de molino y del carbón y sus mejillas rojas y ardientes.

Con un salpicón, la rueda de molino se hundió hasta el fondo del arroyo.

El carbón silbó y sus rojas mejillas se volvieron negras como la muerte.

"Croac", dijo la rana saltarina, y nadó hasta la otra orilla, donde el patito ya la estaba esperando. Se rieron y se rieron hasta que les dolió la tripa y se rieron felices por siempre jamás.

La historia del gato que tenía la cola muy, muy larga

UN CUENTO DE BÉLGICA

Nota del colaborador: *Esta es una historia que me contaba mi padre mientras los niños nos sentábamos en su regazo mirándole. Él solía hacer una pausa antes de la última palabra de algunas frases y nos dejaba que nosotros la termináramos. Al principio, cuando aún éramos muy pequeños, solamente imitábamos sus sonidos hasta que aprendimos a hablar. Según crecíamos, contaba la historia con más expresión y suspense cada vez. Así es como yo recuerdo aprender a hablar, desde el puro entusiasmo mientras mi padre me acogía con calidez y me daba seguridad sentándome en su regazo.*

Recordándolo ahora, muchos años después de la muerte de mi padre, me doy cuenta de que al dejarnos participar de la narración nos permitía formar parte de esta maravillosa magia que es crear un cuento. El proceso mágico de contar este cuento juntos perdura en mi familia con cada nieto y bisnieto que nace. Espero que siga trayendo alegría a muchos niños.

Clara Aerts, Bélgica

Había una vez en una silla,
sentada una... anciana.
Y bajo la silla
había un gato con un pelo como... la lana.
La anciana se durmió rápidamente,
y fue un sueño profundo, se durmió muy... profundamente.

De repente, la anciana soltó un fuerte ronquido,
y sonó como un terrible, terrible rugido
el gato se asustó y con miedo salió corriendo,
¡Pensó que había oído un trueno y que el mundo estaba desapareciendo!
Así que corrió al mundo, al ancho mundo.

Y así a una granja llegó
Y vio un gallo brillante que le encantó.
El gallo vio al gato corriendo y le dijo:
"Gatito, gatito, ¿a qué viene tanto miedo? ¿Por qué vas corriendo?"
"Oh, ¡he oído un trueno, el mundo está desapareciendo!"
"Gatito, gatito, por favor, ¿puedo acompañarte?"
"Sí, sí, sí", dijo el gato, "en mi larga, larga cola puedes sentarte".
Así que el gallo se subió de un salto en la larga cola del gato
Y los dos juntos corrieron al mundo, al ancho mundo.

Después de un rato por un estanque estaban pasando
Y vieron un pato con larguísimas plumas que estaba nadando.
"Gatito, gatito, ¿a qué viene tanto miedo? ¿Por qué vas corriendo?"
"Oh, ¡he oído un trueno, el mundo está desapareciendo!"
"Gatito, gatito, por favor, ¿puedo acompañarte?"
"Sí, sí, sí", dijo el gato, "en mi larga, larguísima cola puedes sentarte".
El pato saltó detrás del gallo en la larga cola del gato,
Y los tres juntos corrieron al mundo, al ancho mundo.

Pasaron por un camino y vieron un perro a su vera
Que estaba buscando un hueso junto a una madera.
“Gatito, gatito, ¿a qué viene tanto miedo? ¿Por qué vas corriendo?”
“Oh, ¡he oído un trueno, el mundo está desapareciendo!”
“Gatito, gatito, por favor, ¿puedo acompañarte?”
“Sí, sí, sí”, dijo el gato, “en mi larga, larguísima cola puedes sentarte”.
El perro saltó detrás del pato y del gallo en la larga cola del gato.
Y los cuatro juntos corrieron al mundo, al ancho mundo.

Al pasar por la pradera un caballo se les acercó.
Miró a nuestros amigos, y con el hocico les olió.
“Gatito, gatito, ¿a qué viene tanto miedo? ¿Por qué vas corriendo?”
“Oh, ¡he oído un trueno, el mundo está desapareciendo!”
“Gatito, gatito, por favor, ¿puedo acompañarte?”
“Sí, sí, sí”, dijo el gato, “en mi larga, larguísima cola puedes sentarte”.
El caballo saltó detrás del perro, del pato y del gallo en la larga cola del pato.
Y los cinco juntos corrieron al mundo, al ancho mundo.

Llegaron a un bosque y la noche empezó a caer,
“¿Y ahora qué?, ¿por dónde empezamos?, ¿qué vamos a hacer?”
Hasta la copa de un árbol voló el gallo,
Buscando una luz, un pequeño rayo.
“Veo una luz a lo lejos,
Vayamos pronto a guarecernos.”

Así que en la casa del bosque entraron,
Y por la ventana con mucho cuidado miraron.
Parecía que en la casa nadie había,
La casa estaba vacía.
"Entrar en la casa será la manera
De poder descansar la noche entera."

El perro se echó en la puerta delantera.
El caballo fue a dormir a la parte trasera.
El pato se acurrucó en la pila de hierro.
El gallo se encaramó en el alero.
Y el gato hizo su nido en las cálidas ascuas.
Y en un momento todos se adormilaron,
Muy profundamente y mil sueños soñaron.

Pero a medianoche volvieron los dueños de la casa.
Eran unos ladrones que traían el botín en las sacas.
"Parece que alguien la luz ha apagado,
Miremos con cuidado, parece que alguien ha entrado."
Así que mandaron al más joven para ver qué había pasado.



La noche era oscura,
Como la negra luna,
Cuando el primer ladrón
la puerta abrió.

Al poner el pie en la entrada
El perro ladró y le mordió,
Así que entró en la morada
Buscando su querida butaca.

En la casa y en la noche todo estaba oscuro.
El ladrón no veía nada, buscaba con mucho apuro.
Buscando algo de luz fue a la chimenea,
Pero el gallo le picó en la mano con todas sus fuerzas
Y el ladrón, asustado, empezó a decir:
"Hay fantasmas en la casa, ¡por favor, dejadme salir!"

Removió las cenizas,
Para alumbrarse un poco,
Pero el gato las cenizas sopló
Y al ladrón ciego dejó.

Fue a la vieja pila a intentar aclararse,
Y allí estaba el pato para asustarle.
Al final huyó por la puerta de atrás
Y de una coz salió volando
Pues allí el caballo le estaba esperando.

El ladrón huyó de la casa diciendo:
"¡Hay fantasmas ahí dentro, huyamos a escondernos!"
Y muy lejos se fueron corriendo
Y hasta hoy no han regresado,
Así que nuestros amigos en la casa se han quedado.

Tom el sastre

UN CUENTO DE DINAMARCA

Una vez, un hombre bajito fue al sastre con una tela pequeña.

"Buenas tardes, Tom", le dijo el hombre al sastre al tiempo que le hacía una reverencia.

"Buenas tardes", dijo el sastre, y se sentó en la mesa tal y como hacen los sastres.

"¿Me podría hacer un abrigo de este trozo de tela, por favor?", preguntó el hombre.

"Sí", contestó el sastre.

"¿Cuándo lo tendrá acabado, Tom?"

"El martes."

"Gracias, Tom, y hasta luego." Y el hombre se fue a casa.

Pasó el lunes y llegó el martes.

Y ni corto ni perezoso, el pequeño hombre fue a la sastrería.

"Buenas tardes, Tom, ¿está listo mi abrigo?"

"No, no lo está, no se pudo hacer el abrigo."

"Entonces, ¿qué se puede hacer?", preguntó el pequeño hombre.

"Unos pantalones."

"¿Cuándo los tendrá acabados, Tom?"

"El miércoles."

"Gracias, Tom, y hasta luego." Y el hombre se fue a casa.

Pasó el lunes. Llegó y martes y también pasó. Y llegó el miércoles.

Y ni corto ni perezoso, el pequeño hombre fue a la sastrería.

"Buenas tardes, Tom, ¿están listos mis pantalones?"

"No, no lo están. No se pudieron hacer los pantalones."

"Entonces, ¿qué se puede hacer?"

"Un chaleco."

"¿Cuándo lo tendrá acabado?"

"El jueves."

"Gracias, Tom, y hasta luego." Y el hombre se fue a casa.

El lunes pasó. Llegó el martes y también pasó. Llegó el miércoles y también pasó. Y llegó el jueves.

Y ni corto ni perezoso, el pequeño hombre fue a la sastrería.

"Buenas tardes, Tom, ¿está listo mi chaleco?"

"No, no lo está. No se pudo hacer el chaleco."

"Entonces, ¿qué se puede hacer?"

"Un par de manoplas."

"¿Cuándo las tendrá acabadas, Tom?"

"El viernes."

"Gracias, Tom, y hasta luego." Y el hombre se fue a casa.

El lunes pasó. Llegó el martes y también pasó. Llegó el miércoles y también pasó. El jueves llegó y también pasó. Y llegó el viernes.

Y ni corto ni perezoso, el pequeño hombre fue a la sastrería.

"Buenas tardes, Tom, ¿están listas mis manoplas?"

"No, no lo están. No se pudieron hacer las manoplas."

"Entonces, ¿qué se puede hacer?"

"Unos tirantes."

"¿Cuándo los tendrá acabados?"

"El sábado."

"Gracias, Tom, y hasta luego." Y el hombre se fue a casa.

El lunes pasó. Llegó el martes y también pasó. Llegó el miércoles y también pasó. El jueves llegó y también pasó. El viernes llegó y también pasó. Y llegó el sábado.

Y ni corto ni perezoso, el pequeño hombre fue a la sastrería.

"Buenas tardes, Tom, ¿están listos mis tirantes?"

"No, no lo están. No se pudieron hacer los tirantes."

"Entonces, ¿qué se puede hacer?"

"Nada."

"Gracias, Tom, y hasta luego." Y el hombre se fue a casa. Y nunca volvió.

Y colorín, colorado,
este cuento se ha acabado.



La pequeña ardilla del fresno y la pequeña ardilla del roble

UN CUENTO DE FRANCIA

Por un valle, tras una montaña, bajaba un pequeño río:

Corre, corre, pequeño río,
Saltad, saltad alto, olas,
Deslizaos y resbalad por el lecho del río,
Brilla, brilla con la luz.

Y el río bajaba tan cristalino y tenía un murmullo tan alegre que todas las flores de colores fueron a la orilla del río para oírlo reír, y los árboles estiraban sus ramas y acercaban sus hojas para oír mejor las canciones del río. A menudo conejos y zorros iban a beber el agua clara e incluso los pastores construyeron una cabaña para poder descansar cerca de la orilla.

También había dos familias de ardillas que vivían allí: una en un fresno a un lado del río y la otra en un roble en la otra orilla. La bebé ardilla del fresno era amiga de la bebé ardilla del roble, y si una saltaba de rama en rama o si una jugaba al escondite entre los troncos huecos, la otra la seguía seguro.

Un día, mientras ambas ardillas estaban buscando nueces en un viejo nogal, encontraron una nuez especialmente bonita, más grande que las otras, y era tan

dulce y sabrosa... ¡jamás habían probado una nuez como esta! Al darle la vuelta para mirarla por todas partes, la nuez se resbaló de sus pequeñas garras y cayó en unas rocas y se partió en dos. Rápidas como el viento la ardilla del fresno y la ardilla del roble bajaron por el tronco del árbol a buscarla. ¡Pero qué sorpresa se llevaron al encontrarla! Dentro, las dos mitades ¡estaban hechas de oro puro! Y en el momento en que juntaron las dos mitades...

Sonó una dulce música,
Las flores cantaron,
Las liebres y los zorros bailaron,
Las hadas del viento tocaron sus violines,
Los rayos de sol hicieron sonar sus campanillas doradas
Y el nogal agitó sus ramas haciendo caer sus nueces.

La ardilla del roble y la ardilla del fresno comieron hasta saciarse. De repente, la música paró y el cielo se oscureció. ¿Dónde estaban las mitades de oro de la nuez? ¡Habían caído rodando al agua! Dos cangrejos gordos estaban sentados cada uno en una mitad, discutiendo y pellizcándose con sus largas pinzas. Estaban gritando tanto que el río se puso gris y las dos pequeñas ardillas empezaron a llorar.

En ese momento, una pareja de zorros se acercó y, al ver sobre lo que estaban discutiendo los cangrejos, decidieron que ellos también querían la nuez de oro. Espantaron a los cangrejos chapoteando en el agua con sus pezuñas. Cada uno de los zorros cogió una mitad de la nuez con la boca y desaparecieron en su gua-

rida. Una vez dentro, empezaron a discutir porque cada uno quería la otra mitad de la nuez. Las pequeñas ardillas los oían discutir.

El señor y señora conejo también los oyeron y exclamaron felices: "¡Los zorros están discutiendo! ¡Podemos saltar sin preocupaciones!" Al oír eso, los zorros, que estaban cansados y hambrientos, soltaron las nueces y salieron a perseguir a los conejos, que escaparon rápidamente. Sin embargo, la ardilla del fresno y la ardilla del roble se habían escabullido dentro de la guarida, cogieron las nueces y velozmente treparon a un árbol muy alto. Allí volvieron a unir las dos mitades de la nuez.

Sonó una dulce música,
Las flores cantaron,
Las liebres y los zorros bailaron,
Las hadas del viento tocaron sus violines,
Los rayos de sol hicieron sonar sus campanillas doradas
Y el nogal agitó sus ramas haciendo caer sus nueces.

Cuando acabó el día, cada ardilla volvió a su casa, una al fresno y la otra al roble. Y cada familia admiró la media nuez de oro.

Pero a la mañana siguiente, cuando las dos amigas estaban deseando juntarse para unir las dos mitades, sus padres dijeron: "¡No!" Tenían miedo de que las ardillas perdieran sus nueces, así que no las dejaron salir de casa.

¡Qué tristes estaban! Mientras cada una estaba sentada en un agujero de su árbol, por un momento les pareció que el río no gorgoteaba tan alegre como

acostumbraba. Era como si el río les estuviera diciendo: "¡Cavad, cavad dentro del árbol hasta la raíz".

La pequeña ardilla fresno y la pequeña ardilla roble se pusieron a trabajar de inmediato y cavaron y cavaron con sus dientes afilados y puntiagudos hasta que llegaron a la raíz y habían conseguido hacer un pasadizo secreto. Allí encontraron la entrada a un pasadizo subterráneo, tan oscuro y tan frío que ni siquiera se atrevían a entrar. "Trae tu mitad de la nuez", dijo la señora topo a la ardilla del fresno, y lo mismo le dijo el señor topo a la ardilla del roble. Las dos ardillas treparon hasta sus casas y a la noche siguiente, cuando todo el mundo estaba dormido, encontraron su mitad de la nuez y bajaron hasta la raíz otra vez. La ardilla del roble entró en el pasillo oscuro y siguió hasta que se chocó con algo suave y cálido. Era el hocico de su amiga, la ardilla del fresno. Se abrazaron con alegría y rápidamente juntaron de nuevo las dos mitades de la nuez.

Sonó una dulce música,
Las flores cantaron,
Las liebres y los zorros bailaron,
Las hadas del viento tocaron sus violines,
Los rayos de sol hicieron sonar sus campanillas doradas
Y el nogal agitó sus ramas haciendo caer sus nueces.

Y allí, bajo el suelo, había montones de nueces. Las ardillas comieron hasta saciarse y le llevaron el resto a sus familias, que no volvieron a pasar hambre en los largos y fríos inviernos porque la ardilla del fresno y la ardilla del roble se juntaban a menudo en la cueva de cristal bajo el río que canta.

Turlutin

UN CUENTO DE FRANCIA

Había una vez un pequeño duende que vestía de rojo y que se llamaba Turlutin. Como todo el mundo sabe, todos los duendes, enanos y gnomos vuelven a la tierra durante el invierno para cuidar a las semillas y a las lombrices hasta que vuelva la primavera. A Turlutin no le gustaba quedarse debajo de la tierra, a él le gustaba retozar en el bosque. Un día, cuando parecía que le invierno nunca iba a acabar y Turlutin estaba cansado de estar en su cueva subterránea, decidió salir. Todos sus amigos quedaron asombrados y le dijeron: "Pero Turlutin, no deberías salir todavía; debes ayudarnos a prepararnos para la primavera. ¡Hace demasiado frío ahí arriba y te vas a congelar!"

Pero Turlutin era muy testarudo y no escuchaba a nadie. Una mañana fría y soleada, cuando todo el mundo despertó, Turlutin no estaba allí, había salido de puntillas justo cuando el sol estaba saliendo. Cuando salió al mundo, todo estaba tan bonito que no se arrepintió de haber dejado su agujero. La nieve cubría todo el bosque y los rayos de sol hacían que todo brillara como miles de estrellas.

Turlutin corrió por la nieve deslizándose y haciendo volteretas. Cantó y bailó porque estaba muy contento de haber salido otra vez. Pero la tarde llegó pronto y el sol se empezó a poner. Una niebla helada empezó a caer y hacía mucho frío. Turlutin empezó a tiritar, ¡sus pequeñas manos y pies se estaban congelando! Quería volver a casa, bajo el suelo, pero con tanto cantar y bailar había per-

dido el camino de vuelta. Atemorizado, empezó a llorar. En ese momento, un conejillo pasó saltando y Turtulin le contó su historia.

"No te preocupes, yo te ayudaré", dijo el conejo, "quédate aquí que volveré enseguida". Y salió corriendo para buscar a sus amigos del bosque: la ardilla, el ciervo, el oso y el zorro. Les contó a todos el problema de Turtulin.

"Debería venir a mi casa", dijo el ciervo.

"No, debería venir a la mía, que es más calentita", dijo el zorro.

"Traedlo a mi casa, es más cómoda", dijo la ardilla.

"La mía es más grande", dijo el oso.

Entonces todos empezaron a discutir sobre qué casa sería la mejor para el pequeño duende. De repente, el conejo tuvo una idea: "Vamos a donde está el duende y cada uno de nosotros le dará un poquito de nuestro pelo para hacerle una cama blanda y calentita".

Cuando finalmente encontraron a Turlutin, este estaba dormido sobre la nieve y tiritando mientras dormía. Con mucho cuidado, sin hacer ningún ruido, todos le dieron un poquito de su pelo. El zorro y la ardilla eligieron el pelo más suave de sus pobladas colas; el oso hizo una pequeña almohada usando el pelo corto y marrón de su espalda. El ciervo le ofreció el pelo blanco de su tripa y el conejo le dio unos pelos largos y bonitos de sus orejas. Arroparon a Turtulin con la manta de pelo sin despertarle y todos los animales se tumbaron a su alrededor para mantenerlo calentito.

Turtulin se despertó con los primeros rayos de sol. Abrió sus ojos y vio a todos los animales a su alrededor. Había dormido muy bien y había estado muy calentito toda la noche. Abrazó a todos los animales para darles las gracias. El conejo dijo: "Ahora que es de día, te llevaremos hasta tu puerta". Turlutin se subió al lomo del conejo y partió. El conejo se sabía todos los caminos del bosque y rápidamente encontró la puerta de la casa de Turlutin. Este les deseó buen viaje a todos sus amigos y prometió volver a verlos en la primavera, cuando se hubiera ido toda la nieve. Después entró en su casa y allí se encontró con sus amigos los enanos, que habían estado muy preocupados. Turlutin estaba tan cansado de su aventura que se metió en su cama y se durmió muy rápido, y durmió hasta que la primavera llegó.



El farol

UN CUENTO DE ALEMANIA

Había una vez una niña que caminaba por las oscuras calles llevando con ella su farol, y disfrutaba alegremente de su brillo.

¡Shhhhhhh! ¡Vino el viento y sopló con fuerza!

¡Llegó hasta el farol y apagó la luz!

"¿Quién podrá volver a encender mi farol?" Miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

Un erizo pasó corriendo por el camino. "Querido erizo", le dijo la niña, "el viento apagó mi farol. ¿Quién me lo podría encender de nuevo?".

"No lo sé, pregúntale al oso. No puedo quedarme. A mi casa, junto a mis hijos, debo ir".

La niña siguió caminando y vio acercarse a un oso grande y marrón. "Querido oso", dijo la niña, "el viento apagó mi farol. ¿Sabes quién me lo podría encender de nuevo?".

El oso dijo que no con su cabeza llena de pelo. "No lo sé. Pregúntale al zorro. Estoy cansado y necesito dormir y descansar".

Después llegó el zorro, escabulléndose por el camino. "¿Qué andas haciendo aquí, en el bosque?", le preguntó a la niña. "Vuelve a tu casa. Me estás espantando los ratones".

La niña se sentó en una piedra y empezó a llorar. "¿Quién me podría ayudar?" Las estrellas oyeron el llanto de la niña y dijeron: "Al Padre Sol debes preguntar. El Padre Sol sabrá cómo ayudar".

La niña se animó mucho y partió. Finalmente llegó a una pequeña cabaña. En la cabaña había una anciana sentada hilando en su rueca. La niña abrió la puerta y le preguntó a la amable mujer: "¿Sabes cómo ir al sol? ¿Quieres venir conmigo?". "¡Oh, no!", dijo la anciana, "debo quedarme para hacer girar la rueca, y girar y girar para hacer un hilo muy fino. Pero siéntate un ratito conmigo, todavía te queda un largo camino". La niña se sentó y descansó. Después de que hubo descansado lo suficiente, cogió su farol y siguió adelante.

Y de nuevo, llegó a una pequeña cabaña, y dentro había un viejo zapatero sentado, arreglando zapatos. "Buenos días, querido zapatero. ¿Sabes cómo ir al sol? ¿Quieres venir conmigo?".

"¡Oh, no!", respondió el zapatero. "Tengo que remendar muchos zapatos más. Pero descansa un ratito a mi lado, todavía te queda un largo camino". La niña se sentó y descansó. Después de que hubo descansado lo suficiente, cogió su farol y siguió adelante.

Finalmente, vio una montaña grandísima a lo lejos. "Allí debe de vivir el sol", pensó, y corrió veloz como un ciervo. A los pies de montaña vio a un niño jugan-

do con su pelota. "Ven conmigo", le llamó la niña, "¡voy a ver al Padre Sol!". Pero el niño quería jugar con la pelota y se fue saltando por la pradera.

Así pues, la niña siguió su camino sola. Subió muy, muy alto por la montaña. Cuando llegó a la cima, no vio al Padre Sol. "Le esperaré aquí hasta que venga", pensó, se sentó en el suelo y se quedó dormida rápidamente.

Pero el Padre Sol había estado observando a la niña todo el día. Al llegar la tarde, Padre Sol bajó y encendió el farol. Cuando la niña despertó, vio la luz brillando en su farol. "¡Vaya, mi farol está brillando otra vez!", gritó muy contenta. Se levantó de un salto y bajó contenta la montaña.

Por el camino se volvió a encontrar al niño. "He perdido mi pelota y no la encuentro por ningún lado", dijo el niño. "Yo te alumbraré el camino", dijo la niña, y así, con su ayuda, encontraron la pelota. El niño se lo agradeció y se fue saltando.

La niña siguió bajando por el valle hasta que llegó a la casa del zapatero. El zapatero estaba muy triste sentado en su tienda. "Se ha apagado mi lumbre. Se me han quedado las manos frías y ateridas, y así no puedo remendar más zapatos". "Yo te encenderé la lumbre", dijo la niña. El zapatero calentó sus manos y así pudo volver a coser y remendar.

La niña siguió caminando por el bosque. Llegó a la cabaña de la anciana. "Se me ha apagado la lumbre", dijo la anciana, "hace ya tiempo que no puedo girar la rueca". "Yo te la volveré a encender", dijo la niña muy contenta. La anciana volvió a la rueca y giró, giró y giró hasta conseguir un hilo muy fino.

Por último, la niña llegó al campo y todos los animales despertaron con la luz del farol. El zorro olisqueó, mientras iba parpadeando hasta el farol. El gran oso marrón gruñó y refunfuñó, y se escondió aún más en su cueva. El erizo se acercó con curiosidad: "¡Qué luciérnaga más grande tienes!". La niña se rió y le dio las buenas noches.

La niña volvió muy contenta a su casa cantando:

Farol, farol, estrella luna y sol.
Se apagó la luz, se apagó la luz,
Menos la de mi farol

Uvas que hablen, manzanas que sonrían y melocotones que suenen

UN CUENTO DE HUNGRÍA

Había una vez un rey que tenía tres hijas preciosas. Un día, el rey fue al mercado, pero antes de irse les preguntó a sus hijas:

"Decidme, hijas, ¿qué queréis que os traiga del mercado?"

"Por favor, cómprame un vestido de oro", le dijo la mayor.

"A mí me gustaría un vestido de plata", dijo la mediana.

"Y a ti, ¿qué te gustaría?", le preguntó a la pequeña.

"Querido padre", le dijo, "tráeme unas uvas que hablen, unas manzanas que sonrían y unos melocotones que suenen".

El rey se rascó la cabeza. "Mmmmm, jamás he oído hablar de tales cosas, pero si existen, no dudes de que te las traeré". Con eso, el rey se fue al mercado.

Compró un vestido de oro para su hija mayor, un vestido de plata para su hija mediana, pero no pudo encontrar en ningún lugar del mercado uvas que hablasen, manzanas que sonriesen y melocotones que sonasen. Estaba muy triste porque no pudo satisfacer el deseo de su hija más querida.

"Vaya", dijo para sí mismo, "en cuanto llegue a casa, anunciaré que aquel que me traiga uvas que hablen, manzanas que sonrían y melocotones que suenen será recompensado con riquezas para el resto de su vida".

En ese momento, su carruaje tembló y se paró. Se había quedado atascado en el barro, tan atascado que el caballo no podía moverlo ni un ápice. El rey trató de hacer todo lo que se le ocurrió, pero el caballo seguía sin moverse. Ya no sabía qué hacer. Su caballo había sido tan fuerte que podía mover cualquier cosa, pero ahora no podía ni siquiera mover un pequeño carruaje.

Fue al pueblo más cercano a pedir ayuda. La gente se acercó con más caballos y todo tipo de animales, pero nadie fue capaz de mover el carruaje. De pronto apareció un cerdo y dijo: "Majestad, si me otorga la mano de su hija menor, le ayudaré a sacar el carruaje del barro".

El rey se quedo boquiabierto y no era capaz de articular palabra. Al poco tiempo, sin pensarlo, dijo:

"Está bien. Muéstrame lo que puedes hacer". Se dio la mano con el cerdo y dijo:

"Si me ayudas a salir de aquí, te prometo que te casarás con mi hija menor".

Inmediatamente, el cerdo metió su hocico bajo las ruedas del carruaje, dio un empujón y, en un periquete, sacó el carruaje del barro. El caballo llevó al rey al galope y llegaron a casa en un momento.

Cuando llegó a casa, le dio el vestido de oro a la hija mayor y el vestido de plata a la hija mediana, y después le dijo a su hija pequeña:

"¿Por qué no me pediste un vestido como tus hermanas? No conseguí encontrar uvas que hablen, manzanas que sonrían y melocotones que suenen".

Apenas hubieron salido las palabras de su boca, escuchó al cerdo acercándose. Miró por la ventana y, por supuesto, allí estaba el cerdo, en la puerta. Había traído incluso una carretilla para llevarse a la princesa. El cerdo le dijo al rey: "Majestad, estoy aquí para llevarme a tu hija a mi casa".

"Cerdo horripilante", pensó el rey. "Ya sé lo que voy a hacer", dijo para sí mismo. Vistió rápidamente a la sirvienta con un precioso vestido de seda y la mandó para abajo, pero el cerdo se dio cuenta inmediatamente de que le habían engañado y gritó: "Majestad, esta no es su hija. Entrégueme a su verdadera hija". El rey estaba arrepentido de haber sido tan descuidado y haber prometido a su hija más querida a ese cerdo tan feo. ¡Incluso habían sellado el trato dándose la mano!

La joven princesa estaba muy disgustada. Caían lágrimas por su cara y lloró tan desconsoladamente que incluso el palacio tembló. Dijo que prefería morirse antes de casarse con un cerdo. El rey, que también estaba llorando, dijo: "Le prometí que te entregaría, así que debes irte con él".

Aun así, el rey intentó una cosa más. Vistieron a la princesa con un camisón feo, viejo, gris y sucio con la esperanza de que, al verla así, el cerdo ya no la quisiera. Pero se equivocaron. El cerdo se emocionó al ver a la princesa. Con mucho cuidado la puso sobre la carretilla y se la llevó. "No llores, pequeña princesa, serás muy feliz a mi lado", le dijo. Pero la princesa no podía dejar de llorar.

"No llores, pequeña princesa, pronto llegaremos a casa", dijo el cerdo. La princesa lloró más desconsoladamente aún cuando el cerdo paró en la pocilga, la llevó dentro y le dijo que se sentara en el sucio heno. "Esta es mi casa, pequeña princesa", y le dio un poco de maíz para comer. La princesa siguió llorando hasta que se durmió. "Duerme, pequeña princesa, tu pena se tornará en alegría mañana", dijo el cerdo.

Y ella durmió y durmió hasta el medio día, y cuando abrió los ojos -¡qué maravilla!- todo lo que había a su alrededor brillaba con una gran luz. Se había dormido en una pocilga, ¡y se había despertado en un palacio! Se había acostado sobre paja y se había despertado entre sábanas de seda. Cuando abrió los ojos, una docena de asistentas vinieron a preguntarle qué necesitaba. Le trajeron hermosos vestidos de oro y de plata, y después la acompañaron al salón. Allí, la mesa estaba preparada con mucha comida, y un hermoso príncipe se acercó a ella. La llevó hasta la mesa y dijo:

"Por favor, siéntate, preciosa princesa. Todo lo que ven tus ojos te pertenece, incluso yo mismo; soy tuyo si así lo deseas".

"Pero, ¿quién eres tú?", le preguntó ella.

"Te lo contaré todo. Sal al jardín conmigo." Y mientras caminaban, ¡zas!, la rama de una vid se rozó con ella y las uvas de la rama le decían: "Cógeme, preciosa princesa".

"Estas son las uvas que hablan", dijo el joven. Siguieron caminando y, mira por dónde, había un manzano cargado de manzanas rojas sonrientes. Según siguieron por el sendero, el aire se llenó del sonido de cientos de campanas.

"Mira ese árbol", dijo el príncipe, "su fruto son melocotones que suenan". Bien, podéis imaginaros lo feliz que era la princesa; lloraba y reía al mismo tiempo. "¿Ves?, tengo todo lo que deseabas aquí mismo, en mi jardín", dijo el príncipe, "¿quieres quedarte a mi lado y casarte conmigo?". Ella le abrazó, y mientras le abrazaba contestó: "Me quedaré contigo y estaremos juntos para siempre".

Después, el joven le contó a la princesa que él era un príncipe pero que una hechicera le había convertido en cerdo y que seguiría siendo un cerdo hasta que llegara una dama que quisiera uvas que hablaran, manzanas que sonrieran y melocotones que sonaran.

Invitaron al padre de la princesa, al rey y a toda su corte, y celebraron una gran boda. Vivieron durante muchos años y, si todavía no han muerto, entonces siguen vivos.

La anciana y el ratoncito

UN CUENTO DE SUECIA

Había una vez una anciana que estaba sentada hilando en su rueca. Y mientras estaba sentada, cantaba una pequeña canción:

Giro y giro,
Giro mi rueca.

De repente, un ratoncito apareció por un agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

"¿Qué es lo que quieres, ratoncito?"

"Disculpe, señora, pero mi madre tiene una pregunta para usted: ¿Qué va a hacer con la lana que está hilando?"

"Bien", dijo la anciana, "voy a tejer un jersey para mi marido, el granjero. El que tiene está tan viejo y gastado que ya no le abriga".

"Pip", dijo el ratoncito, "se lo diré a mi madre". Y el ratoncito se escabulló por el agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

La anciana siguió hilando. Y mientras estaba sentada hilando, cantaba una pequeña canción:

Giro y giro,
Giro mi rueca.

Al poco tiempo, el ratoncito volvió a aparecer por el agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

"¿Qué es lo que quieres ahora, ratoncito?", preguntó la anciana.

"Bien", dijo el ratoncito, "mi madre tiene otra pregunta para usted: ¿qué va a hacer con el jersey viejo de su marido cuando le haya tejido el nuevo?".

"Bien", contestó la anciana, "lo arreglaré y lo usaré yo porque mi jersey está tan viejo y gastado que ya no me abriga".

El ratoncito prestó mucha atención a la respuesta de la anciana y dijo: "Pip, gracias, señora, se lo diré a mi madre", y se escabulló por el agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

La anciana siguió hilando. Y mientras estaba sentada hilando, cantaba una pequeña canción:

Giro y giro,
Giro mi rueca.

Después de un rato, el ratoncito apareció por el agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

"¿Qué es lo que quieres ahora, ratoncito?", preguntó la anciana.

"Bien", dijo el ratoncito, "mi madre tiene otra pregunta para usted: ¿qué va a hacer con su viejo jersey cuando use el jersey viejo de su marido?".

"Ajá", contestó la anciana, "se lo daré a nuestro perro, que es viejo, para que lo tenga en su cesto porque su manta ya está vieja y no le abriga".

"Pip", contestó el ratoncito, "se lo diré a mi madre". Y el ratoncito se escabulló por el agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

La anciana siguió hilando. Y mientras estaba sentada hilando, cantaba una pequeña canción:

Giro y giro,
Giro mi rueca.

Al poco tiempo, de repente, el ratoncito apareció por el agujero que había en la pared, justo detrás del horno.

"¿Qué es lo que quieres ahora, ratoncito?"

"Bien", dijo el ratoncito, "mi madre tiene otra pregunta para usted: ¿qué va a hacer con la manta vieja del perro cuando le dé su jersey viejo?".

"Bien", dijo la anciana. Y mientras le hablaba, sus grandes ojos azules brillaban y ella sonreía. "Te lo puedes quedar tú si quieres."

El ratoncito se puso tan contento que empezó a dar brincos y a bailotear, y mientras bailaba empezó a cantar una canción:

Voy a dormir a pierna suelta,
Arropado y calentito sin darme ni una vuelta.



Señor Gato

UN CUENTO DE UCRANIA

Había una vez un hombre que tenía un gato tan viejo que ni siquiera podía cazar ratones.

"¿Qué voy a hacer con mi gato?", se preguntaba el hombre. "¿Cómo lo voy a alimentar? ¡Creo que lo llevaré al bosque y le dejaré que se las apañe el solito!"

Así que llevó el gato al bosque y lo dejó allí.

Y llegó una zorra corriendo y vio al gato.

"¿Quién eres tú?", le preguntó la zorra.

Y el gato le contestó: "Soy el Señor Gato".

"¿Por qué no nos casamos, Señor Gato?", dijo la zorra, "seré una buena esposa para ti".

El gato aceptó casarse con la zorra y la zorra lo llevó a su casa. Puso mucho empeño en complacerle. Si cazaba un pollo, no se lo comía, se lo llevaba primero a él, incluso si eso significaba que ella no comiera.

Un día la zorra se encontró con un conejo que le dijo: "Voy a ir a hacerte una visita, pequeña hermana zorra".

"No puedes hacer eso", dijo la zorra, "el Señor Gato está viviendo en mi casa y podría matarte con sus garras".

Y el conejo salió corriendo y le contó al lobo, el oso y el jabalí lo que le había dicho la lo zorra. Así que todos ellos se juntaron para pensar en cómo podían conocer al Señor Gato.

"¡Invitémosle a cenar!", dijeron.

Hablaron del menú y el lobo dijo: "Yo conseguiré la carne para el guiso".

"Y yo iré a por la remolacha y las patatas", dijo el jabalí.

"Yo traeré un poco de miel para el postre", dijo el oso.

Y el conejo salió corriendo para conseguir un poco de repollo.

Trajeron todas estas deliciosas comidas y se dispusieron a cocinar. Pero cuando todo estuvo listo, no conseguían ponerse de acuerdo en quién iría a invitar al Señor Gato.

"¿Qué voy a hacer si me obligáis a ir?", dijo el oso, "no seré capaz de hacerlo".

"Me temo que yo también soy bastante patoso", dijo el jabalí.

"Y yo estoy viejo y no veo muy bien", dijo el lobo.

Así que solo quedaba el conejo.

Y salió corriendo a casa de la zorra, ¡y vaya sorpresa se llevó la zorra al verle allí de pie delante de ella!

"¿Qué quieres?", preguntó la zorra.

"Por favor, señora zorra, el lobo, el jabalí, el oso y yo mismo estaríamos encantados de que usted y el Señor Gato vinieran a cenar con nosotros hoy", dijo el conejo.

"¡Sois muy amables!", dijo la zorra. "Por supuesto que iré, y el Señor Gato vendrá conmigo, ¡pero vosotros cuatro debéis esconderos porque él podría mataros con sus garras!"

El conejo volvió corriendo y se lo contó a sus amigos. ¡Y bien asustados que estaban! El oso se subió a un árbol, el lobo se acurrucó tras un arbusto, el conejo se escondió bajo el lobo y el jabalí trató de ocultarse tras una pila de troncos.

Al poco tiempo llegó la zorra con el Señor Gato a su lado. Ella le llevó hasta la mesa, y en cuanto vio la comida le dio tanta alegría que dijo:

"¡Miau, miau, miau!".

Y los cuatro amigos dijeron para sí mismos:

"¡Jamás ha habido un animal tan fiero! Parece que nada es suficiente para él. ¡A este paso va a comernos a nosotros también!".

El Señor Gato se subió a la mesa y empezó a engullir la comida. Y cuando estuvo completamente lleno, se acurrucó y se durmió rápidamente.

En ese momento, al jabalí, que estaba escondido tras la pila de troncos con su cola saliendo por un lado, llegó un mosquito y le picó. El jabalí no pudo evitarlo y se rascó la cola, y el Señor Gato, que creyó que era un ratón, se abalanzó y la cogió entre sus dientes. ¡El jabalí dio un respingo y salió corriendo tan rápido como le permitieron sus patas!

El señor Gato saltó al árbol que había junto al que estaba el oso. Al verlo, el oso trepó más alto, pero las ramas se rompieron con su peso y cayó dando tumbos en la espalda del lobo, ¡y casi lo aplasta! Se pusieron de pie a toda prisa y salie-

ron huyendo, y el conejo salió corriendo detrás de ellos ¡con tanta prisa que no habría sido capaz de decir dónde le llevaban sus pies!

Después se reunieron los cuatro y se pusieron a hablar de lo que había ocurrido.

"El Señor Gato es bien pequeño, ¡pero casi nos come a los cuatro!", dijeron.

Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

El cuento de la piedra de sopa

UN CUENTO DE REINO UNIDO

Había una vez una niña pequeña andando por el bosque. Estaba perdida, cansada y tenía hambre y frío.

Llegó a una pequeña cabaña en el medio de un claro y llamó a la puerta. Un hombre salió y ella le dijo: "Estoy perdida y cansada, tengo frío y hambre. ¿Puedo pasar a calentarme, dormir en el suelo y comer un poco de pan?".

El hombre le dijo: "Eres bienvenida, te puedo hacer una cama junto a la chimenea. Pero me temo que no tengo comida para alimentarte".

"Bueno", dijo la pequeña, "tengo una piedra de sopa mágica en el bolsillo".

"¿Una piedra de sopa? ¿Qué es eso?", preguntó el hombre.

"Si la pones en una olla con agua y la cocinas, saldrá una sopa estupenda", dijo la niña.

"Eso es impresionante", dijo el hombre, "vamos a probarla".

Así que buscó una olla, la llenó con agua y la puso en el hornillo. La niña echó la piedra de sopa y esperaron a que se calentara el agua.

Al cabo de unos minutos el hombre preguntó: "¿Cómo va esa sopa?".

La niña cogió un cucharón, la probó y dijo: "Está bastante buena, pero estaría aún mejor si tuviera un poco de patata".

"¡Patata!", dijo el hombre, "tengo una patata por aquí". Así que buscó la patata, la cortó, la puso en la sopa y esperaron.

Al cabo de unos minutos el hombre preguntó: "¿Cómo va esa sopa?".

La niña cogió el cucharón, la probó y dijo: "Está bastante buena, pero estaría aún mejor si tuviera algunos puerros".

"¡Puerros!", dijo el hombre, "tengo algunos puerros por aquí". Así que buscó los puerros, los cortó, los puso en la sopa y esperaron.

Al cabo de unos minutos el hombre preguntó: "¿Cómo va esa sopa?".

La niña cogió el cucharón, la probó y dijo: "Está bastante buena, pero estaría aún mejor si tuviera un poco de zanahoria".

"¡Zanahoria!", dijo el hombre, "tengo algunas zanahorias por aquí". Así que buscó las zanahorias, las cortó, las echó en la sopa y esperaron.

Al cabo de unos minutos el hombre preguntó: "¿Cómo va esa sopa?".

La niña cogió el cucharón, la probó y dijo: "Está bastante buena, pero estaría aún mejor si tuviera algunas hierbas".

"¡Hierbas!", dijo el hombre, "tengo algunas hierbas por aquí". Así que buscó las hierbas, las cortó, las echó a la sopa y esperaron.

Al cabo de unos minutos el hombre preguntó: "¿Cómo va esa sopa?".

La niña cogió el cucharón, la probó y dijo: "¡Está lista y está deliciosa!".

Y lo estaba.

Galletas Spitzbuben (niños traviesos)

AUSTRIA

Hacemos estas galletas con nuestros niños y las servimos en las festividades; en ese caso se pueden multiplicar los ingredientes. ¡Están deliciosas!

Ingredientes:

Una taza y tres cuartos de harina (280 gramos)
Una taza de mantequilla (210 gramos)
Media taza de azúcar (110 gramos)
Una yema de huevo

Preparación:

Mezclar bien los ingredientes, extender la masa y cortarla en diferentes formas utilizando utensilios de repostería.
Hornear sobre un papel de repostería untado de aceite a 175°C (350°F) durante 15 minutos.

Compartida por Brigitte Goldmann.

Sopa de Micael

DINAMARCA

Tradicionalmente la baya del saúco es el último fruto que se recolecta en Dinamarca. El final de la cosecha es un momento muy importante y esta sopa, una maravillosa fuente de vitamina C, se ha servido en otoño generación tras generación. ¡Un último manjar antes del invierno! Los dientes y los labios se te pondrán azules durante un rato. No se deberían comer más de dos platos.

Coge entre 20 y 30 ramitos de saúco;
asegúrate de dejarles algunos a los pájaros, a los ciervos... ¡y a San Miguel!
Separa las bayas de los tallos (o déjalos y sepáralos después de cocinarlos)
y ponlas en una cacerola con un poco más de dos litros de agua.

Añade cuatro o cinco manzanas.
Cocínalo a fuego medio durante 15 minutos removiéndolo constantemente,
ya que esta sopa puede hervir y salirse de la cacerola.

Pruébala y añade azúcar de caña si es necesario. Cuela la sopa para quitar las bayas y las manzanas, o las puedes dejar si has separado las bayas de los tallos.

Servir con nata montada.

Compartida por Helle Heckmann.

Bebida veraniega de saúco de San Juan

DINAMARCA

Temprano por la mañana, coge unas veinte ramas de flores de saúco del arbusto antes de que el sol haya tocado las flores. Pon las flores en un recipiente de unos tres cuartos de litro, añade cuatro o cinco limones hechos rodajas muy finas y medio kilo de azúcar de caña.

Añade unos tres cuartos de litro de agua hirviendo hasta llenar el recipiente (si el agua no está hirviendo, las flores se pondrán marrones) y cúbrelo rápidamente.

Mantenlo refrigerado durante tres días y agita fuerte el recipiente una vez al día. El tercer día cuela la bebida para retirar las flores y las rodajas de limón.

Lo que obtenemos es una bebida concentrada para servirla en una proporción de una parte del concentrado por cada tres de agua.

Compartida por Helle Heckmann.

Pogacha de patata (Pan de patata)

HUNGRÍA

Ingredientes:

4 tazas (1 kilo) de harina de trigo
2 tazas (500 gramos) de harina integral de centeno
20 gramos de levadura
1 Cucharada sopera de miel
4-6 tazas (1-1,5 litros) de leche tibia o agua
2 cucharadas pequeñas de sal marina
2-3 patatas peladas, cortadas en cuadrados, cocinadas, amasadas y dejadas enfriar
200 gramos de mantequilla sin sal, derretida y dejada enfriar
155 gramos de queso cheddar rallado

Preparación:

Vierte una taza (2,5 decilitros) de leche o agua y miel en un cuenco y remuévelo hasta que se disuelva la miel.

Espolvorea la levadura por encima del líquido y añade dos cucharadas pequeñas de harina de trigo.
Remuévelo hasta que esté ligero, cúbrelo con un trapo y déjalo en un lugar caliente hasta que la levadura burbujee y forme una capa cremosa, unos 15 o 20 minutos.
Unta con aceite el papel de cocinar, derrite la mantequilla y ralla el queso.
Pon la harina de centeno en un cuenco grande. Filtra la harina blanca por encima y mezcla las dos harinas con las manos.

Haz un hueco en el centro y vierte la mezcla de la levadura.
Añade la patata amasada, la sal y cerca de un litro de leche o agua.

Mézclalo y amásalo con las manos.

Cuando la mezcla empiece a ser una masa, añade la mantequilla derretida
(pero no debe estar muy caliente).
Añade leche o agua si es necesario y amasa unos 5 o 6 minutos
hasta formar una masa suave y mullida.

Dale una forma redondeada y ponla tres veces sobre una superficie llena de harina.
Amasa otros 2 o 3 minutos y después separa la masa en pequeñas bolitas.
Filtra harina encima de la mesa donde están los niños.
Dale a cada niño una bola de masa.

Ellos deben amasar bien la masa; después, con pequeños rodillos,
extenderán cada bola hasta que tengan de unos 2,5 cm. de grosor
mientras ven al adulto hacer lo mismo.
Con un cuchillo, los niños pueden hacer líneas horizontales y después verticales para
hacer cuadrados de unos 0,5 cm.

Pon harina en los bordes de unos cortadores o vasos redondos de unos 5 cm.
Y deja que los niños corten la masa en círculos. Reparte el queso rallado
por encima de los círculos.

Pon las pogachas en los papeles que previamente habíamos untado con aceite y deja unos 3 cm entre ellas. Hornea las pogachas en el horno precalentado a unos 200°C (400°F) durante unos 20-25 minutos o hasta que tengan un color marrón dorado.

Compartida por Joli Kiss.

Pretzels salados

HUNGRÍA

Ingredientes:

7 tazas de harina (1 kilo)
250 g de mantequilla o margarina
2 Cucharadas soperas de sal
1 sobre de levadura instantánea
1 cucharadita de azúcar
Agua
Para cubrir: 1 cucharada sopera de sal, 3 cucharadas soperas de harina y agua (esto debería formar un líquido algo denso)

Preparación:

Junta la harina con la mantequilla o margarina hasta que se hagan grumos. Añade la levadura, el azúcar y la sal, y añade suficiente agua tibia hasta formar una masa suave (no dejes que se ponga pegajosa pero asegúrate de que se mantiene unida).
Deja que suba hasta que doble su tamaño. Separa una poco de la masa y haz una tira de unos 25 cm de largo y del grosor del dedo meñique. Dóblala haciendo la forma de un pretzel. Repite el proceso con el resto de la masa. Hornéala a unos 175°C (350°F) hasta que los pretzels estén listos y ponles el recubrimiento. Hornéalos hasta que estén de color marrón claro. Hay un pequeño verso que se dice mientras se prepara (y especialmente mientras se come) el pretzel.

Pretzel salado que eres sabroso cuando crujes,
Eso es lo que les gusta morder a los niños.
Pero tienes que darte prisa
Para no dejar ni un poco.

Compartida por Joli Kiss.

Panecillos de Pascua (Hot cross buns)

REINO UNIDO

Panecillos calientes
Panecillos calientes
Uno a un céntimo, dos a un céntimo,
Panecillos calientes.
Si no tiene hijas,
Déselo a otros descendientes.
Uno a un céntimo, dos a un céntimo,
Panecillos calientes.

Ingredientes:

4 tazas de harina
Una cucharadita de sal
½ cucharadita de nuez moscada
½ cucharadita de canela
½ cucharadita de pimienta inglesa
¼ de taza de mantequilla
¼ de taza de azúcar
1 taza de leche caliente
(también se puede usar agua o leche de soja o almendra)
30 gramos de levadura
1 huevo
120 gramos de pasas secas
1 piel de limón o naranja rallada

Continúa en la página siguiente...

Preparación:

Mezcla la mantequilla con la harina, el azúcar y las especias.
Añade la levadura a la leche caliente y déjalo reposar hasta que la levadura empiece a hacer burbujas.

Junta la mezcla de la levadura con la mezcla de la harina.
Amásalo hasta que quede suave y cúbrelo con un trapo de cocina húmedo, luego déjalo crecer hasta que doble su tamaño original.

Divide la masa en unos doce o dieciséis "panecillos". Ponlos en una bandeja previamente untada de aceite, cúbrelos y déjalos crecer de nuevo.

Hornéalos a unos 200°C (400°F) durante unos 15 o 20 minutos.

Acabado glaseado: Hierve dos cucharadas soperas de azúcar y dos cucharadas soperas de agua juntas.
Extiéndelo con una brocha por encima de los panecillos una vez estén fríos.

Para decorarlos, mezcla azúcar de repostería con un poco de agua y un par de gotas de zumo de naranja o de limón y extiende la mezcla sobre los panecillos en forma de cruz cuando los panecillos estén totalmente fríos.

Adaptada y compartida por Louise deForest.

América del Norte



Cómo el petirrojo se hizo con el rojo de su pecho

CUENTO DE CANADÁ

Al comienzo, cuando el mundo era joven, el pueblo Sechelt vivía en una cueva. Cada mañana, temprano y primoroso, el petirrojo despertaba a los primeros habitantes con su canto alegre, igual que los petirrojos de hoy en día. Pero en aquellos tiempos, el petirrojo no tenía el pecho rojo y brillante; el petirrojo era marrón y gris, y parecía muy aburrido

Un invierno cayó muchísima nieve y hacía un frío horrible. Hacía tanto frío y la nieve era tan profunda que la gente se tenía que quedar en su cueva todo el día. El abuelo, la abuela, sus hijos y los hijos de sus hijos se acurrucaban junto al fuego para poder mantenerse calientes.

Un día vieron que casi no les quedaba comida para alimentarse ni leña para calentarse. Mandaron a los jóvenes más fuertes y valientes a la nieve, a algunos para recolectar leña y a otros para que buscaran comida. El anciano, los niños y sus madres se quedaron en la cueva.

El anciano abuelo encendía el fuego y lo mantenía ardiendo. Lo vigilaba durante el día y la noche a sabiendas de que los niños debían estar calentitos. Sin embargo, muy pronto solo le quedaban algunas astillas y ramitas.

Los jóvenes estuvieron fuera muchos días y todos esos días el anciano mantuvo el fuego ardiendo, sin parar en su misión de atenderlo ni siquiera para dormir. Las mujeres se sentaban junto al fuego junto a sus niños arropándolos en sus mantas de corteza de cedro. Y cada mañana el fuego era más pequeño.

Finalmente, solo quedaban unas pocas ascuas. El anciano las mantenía vivas echando hojas secas y piñas que avivaba soplándolas hasta que brillaban. Pero el abuelo estaba cansándose mucho y una noche, ya muy tarde, se quedó dormido. La cueva se oscureció y se enfrío según se iba apagando el brillo de las ascuas.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, el petirrojo llegó a cantar su alegre canción al pueblo, tal y como siempre lo hacía. Cuando echó un vistazo a la cueva, apenas pudo creer lo que vieron sus ojos, ¡el fuego casi estaba casi apagado! Entró en la cueva de un salto, pasó junto a las madres, los niños y el anciano, que estaban profundamente dormidos, y se colocó junto al fuego y empezó a aletear con fuerza.

Una corriente de aire atravesó la cueva llegando a las ascuas ya grises y esparció las cenizas sobre la gente que dormía. El petirrojo aleteó más rápido y poco a poco las ascuas volvieron a brillar, al principio muy flojito y después con un color rojo brillante que calentó la oscura cueva. Se acercó más de un salto hasta que su pecho gris reflejó el brillo de las ascuas. Tenía mucho calor estando tan cerca de las ascuas, pero el pequeño petirrojo se acercó un poco más y movió las alas incluso más rápido para que el fuego no se apagara.

En ese momento se oyó la voz de los cazadores que volvían de buscar leña y comida. Cuando entraron a la cueva el petirrojo salió volando. Pero el pájaro gris ya no parecía aburrido ¡Su pecho tenía el color de las ascuas brillantes!

El petirrojo había salvado a la primera población y, desde entonces hasta hoy, el petirrojo ha tenido el pecho rojo.

Tajín y los siete truenos

UN CUENTO DE MÉXICO. Traducción de Felipe Garrido

Una mañana de verano llegó a las selvas de Totonacapán un muchacho llamado Tajín. Era chamaco maldoso. No podía estar en paz con nadie. Apedreaba a los monos, zarandeaba los árboles, saltaba encima de los hormigueros... Por eso el muchacho vivía solo. Nadie soportaba su compañía.

Ese día se encontró en un recodo del camino con un extraño hombrecillo de barba cana, grandes bigotes y cejas tan pobladas que casi cubrían los ojos.

-Buenos días, muchacho. Mis hermanos y yo andamos buscando alguien que nos ayude a sembrar y a cosechar, a vigilar el fuego y a llevar la casa.

-¿Quiénes son tus hermanos?

-Somos los Siete Truenos. Nos encargamos de subir a las nubes y provocar la lluvia. Con nuestras capas, botas y espadas marchamos por los aires hasta que desgranamos la lluvia.

Tajín, apenas escuchó aquello, se imaginó por los aires haciendo cabriolas entre las nubes y dijo que iría con él a casa de los Siete Truenos.

Los Siete Truenos vivían en una casa de piedra, encima de una gran pirámide llena de nichos.

Cuando se enteraron de quién era y a lo que venía, todos protestaron:

-¿Un extraño en nuestra casa?

-¡Ya no tendremos más secretos!

-¡Aprenderá nuestras mañas!

-Tiene cara de bribón.

-Calma, hermanos, por favor. Siempre hemos querido salir todos juntos de excursión, nos peleamos por ver quién realiza las tareas de la casa. Él solucionará los problemas.

Después del mediodía unas nubes se asomaron por el lado del mar. Los Siete Truenos, entre bromas y risas, abrieron el arcón de madera y sacaron sus trajes de faena. Se pusieron capas, botas y se ciñeron espadas y salieron corriendo hacia las nubes. Sus capas agitadas provocaron el viento, sus botas retumbaron contra las nubes y trajeron los truenos mientras sus relumbrantes espadas desataron los relámpagos.

Y de esa manera, la lluvia comenzó a caer suave y tibia como una bendición.

Durante días Tajín fue un ayudante ejemplar. Pero cada vez que limpiaba las botas renacía en él mismo pensamiento: "Tengo que subir."

La soñada oportunidad llegó. Una mañana los Siete Truenos le dijeron que debían ir a Papantla a comprar puros en el mercado. Ellos se fueron muy contentos. Pero, apenas se quedó solo, Tajín tiró la escoba, corrió al arcón para vestirse con las ropas de los Siete Truenos.

Tajín comenzó a subir por los aires. Comenzó a corretear las nubes, sacudía su capa para juntarlas, y sacaba su espada y la hacía girar. Todo el cielo y la tierra, y aún el mar se llenaron de una luz cegadora. Entre relámpagos y truenos desataron contra la selva un chubasco violentísimo. No era la lluvia bendita de los Truenos, sino una tormenta devastadora. El día se había oscurecido. La lluvia desgajaba ramas de los árboles y hacía crecer los ríos.

Apenas observaron lo que sucedía los Siete Truenos se dieron cuenta de que aquello era obra del muchacho. Regresaron a toda prisa y una vez puesta sus ropas salieron en su busca para atraparlo.

Y allí estaba Tajín, brincoteando de un lado a otro. Cada impulso suyo daba más brío a la tormenta: resoplaba el viento, crecía la lluvia y caían relámpagos y truenos.

Pasaron muchas horas antes de que los Siete Truenos lograran atrapar a Tajín. Cuando finalmente los consiguieron, lo bajaron con tiento, lo ataron fuertemente y lo llevaron al mar para tirarlo al agua.

Bien adentro lo tiraron. Y desde entonces allí vive Tajín. Ha crecido el muchacho. De vez en cuando abandona las profundidades marinas y, cabalgando sobre el viento, desata a las nubes en una lluvia incontenible, mientras los truenos y los relámpagos se suceden. Entonces los Siete Truenos deben trepar de nuevo para capturar a Tajín -al Huracán, como también le dicen al muchacho-, para lanzarlo una vez más al fondo del mar.

La leyenda de Tepozteco

UN CUENTO DE MÉXICO. Adaptación de Sol Velásquez Suárez

Nota: *En lo alto de los acantilados que hay por encima del pueblo de Tepoztlán en las colinas que hay al sur de México D.F. se asienta la pirámide de Tepozteco. Fue dedicada al dios Azteca Tepoxtecatl, y las colinas en las que se encuentra se conocen como Ehecatepetl, o "colinas del viento". Hoy en día todavía se puede subir a esta colina para ver los lugares que se mencionan en esta historia, que es solo una de las muchas leyendas que existen sobre el héroe Tepozteco. Las marcas de su gran batalla aún son visibles cavadas en las rocas de la ladera.*

Hace muchos, muchos años, cuando en México aún no se hablaba el español, vivía en un hermoso pueblo rodeado por altas y majestuosas montañas, llamado Tepoztlán, una hermosa princesa de nombre Chimalli.

Cerca de ahí corría el río de Atongo, y a Chimalli le gustaba mucho bañarse es sus cristalinas aguas, rodeadas por hermosas flores y exuberantes plantas. Un día en el que el calor del sol había entibiado las aguas del río, Chimalli pasó en ellas largo tiempo, llamando la atención de Ehécatl dios del viento.

Ehécatl desde el alto cielo sopló y sopló de tal forma que Chimalli quedó embarazada. Temiendo que sus padres la regañaran por estar embarazada, Chimalli se escondió hasta el día que dio a luz.

Cuando nació su hermoso y robusto niño, Chimalli lo colocó en una cesta de palma y lo abandonó en las aguas del río. Al día siguiente regresó al lugar en el que lo había dejado y cual fue su sorpresa al encontrar la caja atorada en la orilla del río, entre los lirios que le daban agua y alimento.

Chimalli tomó la cesta con el bebé y la llevó hasta un hormiguero, y nuevamente abandonó a su suerte al bebé, esperando que las hormigas se lo comieran. Sin embargo ellas no lo lastimaron, sino que por el contrario le dieron gotitas de su miel, con lo que el bebé logró salvar la vida.

Cuando Chimalli descubrió lo acontecido, desesperada, tomó de nuevo la cesta y la dejó sobre un gran maguey de largas espinas. Sin embargo, el bebé logró de nuevo salvar su vida, pues el maguey le hizo una casita con sus hojas y dejó caer aguamiel en la boca del pequeño.

Nuevamente tomó la princesa la cesta, y en esta ocasión subió al cerro y la dejó sobre las piedras. Esta vez ya no regresó nuevamente para averiguar lo que había sucedido.

Un matrimonio de ancianos encontró al poco tiempo al bebé, y lo llevaron a vivir con ellos a su cueva.

El Tepozteco, como lo llamaron sus ancianos padres, creció alto, fuerte y hermoso. En el monte aprendió a tirar con arco y flecha, cazaba pequeños animales con lo que alimentaba a su familia y recorrió el cerro hasta que lo conoció como la palma de su mano. Sabía los nombres de todas las plantas y animales que en el cerro habitaban.

En aquellos tiempos, las personas de Tepoztlán vivían atemorizadas por la furia del gran gigante de Xochicalco. Este gigante era un verdadero monstruo, tremendamente grande y panzón que se alimentaba de los ancianos. Todos los pueblos de la región debían enviarle a un anciano una vez al año.

Cuando el Tepozteco cumplió catorce años, llegaron a su casa los soldados del gigante preguntando por su padre, y le dijeron al muchacho que venían por el viejo para llevarlo con el gigante.

-Mi padre no está en casa, ha salido muy lejos de cacería, pero ¿por qué no mejor me llevan a mí?- respondió el Tepozteco, pensando que así podría salvarle la vida al anciano.

Uno de los soldados dijo, -al gigante no le gustan los jóvenes-.

-Pero será peor si lo hacemos esperar- dijo otro.

Entonces decidieron llevar al muchacho.

En el camino, el Tepozteco recogió del suelo un pedazo largo y afilado de obsidiana y lo escondió entre su ropa.

Los gritos del gigante se escuchaban con fuerza mucho antes de llegar a su morada, pues ya tenía mucha hambre.

Al llegar, el joven se asombró por el tamaño del gigante y por lo feo que era. El gigante recogió con su mano del suelo al pequeño Tepozteco, y mirándolo con atención, gritó a los soldados:

-¿Que no saben que los niños me dan indigestión?

Sin embargo, era tanta el hambre que sentía, que llevó al Tepozteco a su boca y de un bocado se lo tragó enterito. Así, el muchacho llegó hasta la panza del gigante.

Estando dentro de la panza del gigante, el joven sacó su cuchillo de obsidiana y empezó a cortar el estómago del gigante para poder salir. Un grito estremecedor salió de la boca del gigante y revolcándose cayó al suelo.

Por uno de los agujeros salió el Tepozteco y comenzó a correr, mientras los soldados del gigante lo perseguían con sus machetes. Mas el valiente joven daba saltos enormes entre los peñascos, y a pesar de que los soldados cortaban con los machetes la falda del cerro, no lograron alcanzarlo.

Finalmente, cuando el Tepozteco llegó al Cerro del Aire, dio batalla a los soldados de Xochicalco y tras una intensa lucha los venció. Aún en estos tiempos se pueden apreciar las tajadas que en el cerro la tierra recibió.

El pueblo de Tepoztlán sintió un gran alivio, pues ya no tenían que cuidarse del gigante de Xochicalco. Hicieron una fiesta muy alegre, tocaron el teponaztle y bailaron, y así proclamaron como su Rey al Tepozteco.



La historia del ratón saltarín

UN CUENTO DE ESTADOS UNIDOS

Había una vez un pequeño ratón. Estaba todo lo ocupado que puede estar un ratón, correteando y oliendo, oliendo y correteando, buscando comida todo el día. No importaba donde estuviera, siempre oía un rugido en la distancia. ¿Qué podría ser?

Un día, le preguntó a otro ratón acerca de ese sonido. "¿No oyes ese rugido, hermano?"

Pero el otro ratón ni siquiera se paró a escucharle. "No oigo nada", dijo mientras olisqueaba el suelo buscando comida.

El ratón le preguntó lo mismo a todos los ratones que vio, pero todos le miraban extrañados y seguían su camino con presteza.

El pequeño ratón quería ser como los otros y olvidarse del rugido que oía, pero no podía. Finalmente decidió que tenía que encontrar lo que estaba causando ese ruido. Dejó su atareado mundo y se puso a seguir ese sonido. Según caminaba, el rugido sonaba cada vez más alto hasta que sus orejas se llenaron del sonido. Ni siquiera oía los pasos de alguien que se acercara.

"Hola, hermanito", dijo una voz, y el pequeño ratón chilló sorprendido. Estaba a punto de salir corriendo cuando vio que era un hermano mapache. "¿Qué haces por aquí, tan lejos de tus hermanos ratones?", preguntó el mapache.

"Oigo un rugido y quiero averiguar lo que es", dijo tímidamente el ratón.

"Ah, eso es fácil", dijo el mapache, "es el río. Yo lavo allí mi comida todos los días, te puedo llevar hasta allí".

El ratón no sabía lo que era un río y tenía miedo. Pero también quería saber qué era lo que emitía ese rugido que sonaba siempre en sus orejas. Caminó con el mapache por caminos extraños que tenían olores nuevos y atemorizantes. El rugido sonaba cada vez más fuerte hasta que llegaron al río. Era una enorme serpiente de agua que tronaba en su fluir a través del valle. Ni siquiera alcanzaba a ver el otro lado.

En la orilla había un lugar donde el agua estaba quieta entre los juncos y los nenúfares. El ratón se acercó al borde y echó un vistazo. ¡Vio a otro ratón que le miraba fijamente!

"¡Un ratón en el agua!", gritó impresionado.

"Es solo tu reflejo, amigo", le dijo una voz. Era la hermana rana, que estaba sentada en un nenúfar.

"¿No tienes miedo de estar sentada ahí en medio del agua? ¡El río te puede tragar!"

"No, hermanito", dijo amablemente la rana, "tengo el don de vivir tanto fuera como dentro del agua. Vivo en ambos mundos, te puedo decir cómo encontrar un nuevo mundo, ¿te atreves?"

"Sí", gritó el ratón. Tenía tanto interés que se olvidó de que tenía miedo.

"¡Entonces salta!", dijo la rana.

El ratón se encogió para tomar fuerza y saltó todo lo alto que pudo. Planeando por encima del agua, el ratón tuvo las vistas más maravillosas que jamás había visto: las Montañas Sagradas que se erguían hacia el cielo en la distancia.

Sin embargo, después de aquel vistazo cayó al agua. Estaba mojado, asustado y enfadado.

"¡Me has engañado!", le gritó a la rana.

"¿Te has hecho daño?", preguntó la rana. "No te dejes cegar por el enfado y el miedo. ¿Acaso no has visto lo que te prometí?"

"Vi las Montañas Sagradas", dijo el ratón con la mirada perdida.

"Aquel que haya visto las Montañas Sagradas no puede ser el mismo de antes. Te voy a dar un nuevo nombre", dijo la rana, "¡serás el Ratón Saltarín!".

El ratón salió del agua. Ahora ya solo le importaba llegar a las Montañas Sagradas y subir a ellas hasta llegar al cielo. Dejó la seguridad de su hogar y se dirigió a los claros de la meseta, donde había unos puntitos que volaban en círculos en el cielo. Cada punto era un águila que podía abalanzarse hasta el suelo en un momento para cazar un ratón, y él tenía mucho miedo. Pero corrió y corrió hasta que finalmente llegó a un terreno de salvia dulce en el que vivía un viejo ratón.

El anciano ratón lo acogió en su segura morada y compartió sus semillas para comer.

"¡Este es un sitio maravilloso! Las águilas no te pueden ver aquí", dijo el Ratón Saltarín.

"Así es", dijo el viejo ratón, "desde aquí puedo ver y distinguir a todas las criaturas que viven en la pradera: el búfalo, el antílope, el conejo y el coyote".

"¿Se ven también el río y las Montañas Sagradas?"

"No", contestó el viejo ratón, "he oído hablar del río, pero las Montañas Sagradas son solo un cuento. Olvídate de ellas y quédate conmigo".

Pero el Ratón Saltarín había visto las Montañas Sagradas y no podía olvidarse de ellas. Así que siguió su camino a pesar de que podía ver las sombras de las águilas y sentirlas volar por encima de su espalda.

Corrió con su corazón latiendo con fuerza hasta que llegó a unos cerezos. Se escondió entre sus matas y cuando recuperó la respiración, oyó algo removerse cerca de él. Miró y vio un gran búfalo tirado junto a él. El Ratón Saltarín jamás había visto una bestia tan grande y tan maravillosa, y se preguntó qué podía haber pasado para haberlo hecho caer al suelo.

Se arrastró hacia él. "Hola, pequeño hermano", dijo el búfalo, "gracias por venir".

"Hola, grandullón", dijo el ratoncito, "¿por qué estás aquí tirado?".

"Me estoy muriendo", dijo el búfalo con un gran suspiro, "solo el ojo de un ratón puede curarme. Pero jamás he visto un ratón, no existe tal cosa".

El Ratón Saltarín se alejó atemorizado. Pero los suspiros del búfalo le llegaron al corazón y se volvió a acercar a él.

"Yo soy un ratón, te puedo dar uno de mis ojos", le dijo.

En el momento en el que dijo esto, uno de sus ojos desapareció y el búfalo estaba curado. Hizo temblar la tierra al levantarse.

"Gracias, pequeño", dijo el búfalo, "sé que has pasado por el río y que has visto las Montañas Sagradas. Me has dado la vida para que yo pueda transmitírsela a otros. Corre bajo mi tripa. Las águilas no te verán ahí debajo y yo te llevaré a las montañas".

El búfalo dirigió al ratón hasta el pie de las Montañas Sagradas, pero no pudo seguir.

"Soy un hijo de la pradera y no puedo ir a las montañas", dijo el búfalo, "debo dejarte aquí".

"Buen viaje", dijo el Ratón Saltarín, "y que tus pies anden siempre al son del sol".

El ratón miró a su alrededor y jamás había visto un lugar como aquel. Olisqueó por acá y por allá y, de repente, se encontró con un lobo que estaba sentado sin hacer nada.

"Hola, hermano lobo", dijo el Ratón Saltarín.

Pero el lobo se comportaba de manera extraña. Levantó la vista al oír la voz del ratón y dijo:

"¡Guau!, ¡guau!", pero la luz de sus ojos se desvaneció y se volvió a sentar, a no hacer nada. El ratón le habló muchas veces recordándole quién era, pero el lobo se olvidaba una y otra vez.

El Ratón Saltarín estaba muy tranquilo en este nuevo lugar. Escuchaba sus ruidos extraños y también escuchaba a su corazón.

"Una bestia tan majestuosa no debería perder su memoria", dijo para sí mismo el Ratón Saltarín, "uno de mis ojos curó al búfalo y el otro curará a este hermano".

"Escúchame", le dijo al lobo, "toma mi ojo. Me queda uno que será la medicina que te hará volver a ser tú mismo. Yo soy solo un ratón, pero tú estás destinado a ser mucho más de lo que eres ahora".

Casi no había acabado de hablar cuando su otro ojo desapareció y el lobo se levantó con lágrimas cayendo por sus mejillas peludas. Pero el Ratón Saltarín no podía verlo, estaba ciego.

"Eres un gran hermano", dijo el lobo, "me has devuelto mi memoria. Sé que quieres ver las Montañas Sagradas. Te llevaré a un lago que hay allí, en el que todo el mundo -todas las criaturas del cielo y de la tierra- tiene su reflejo."

"¡Sí! ¡Ahí es donde quiero ir!", dijo el ratoncito ciego.

El lobo le guió hasta el lago y allí el Ratón Saltarín sintió una gran paz. El lobo siguió su camino para guiar a otros a través de las montañas y el Ratón Saltarín descansó junto a la orilla y ya no tenía miedo. Mientras se iba quedando dormido, una sombra que venía desde arriba parecía caer sobre él, pero el no la vio.

Cuando se despertó, ¡qué diferente se sentía! ¡Podía ver los colores! ¡Podía ver la luz! Todo estaba un poco nebuloso, ¡pero estaba tan bonito!

"¡Salta!", oyó que decía una voz.

El ratón saltarín se encogió y saltó con toda su fuerza. Fue el salto más alto que jamás había dado. Se agarró a los brazos del viento. ¡Estaba volando! Sus ojos fueron ganando claridad hasta que al final pudo verlo todo, por muy pequeño que fuera. Vio a todos los habitantes del cielo y de la tierra.

Muy por debajo de él vio a su amiga la rana, que le gritó: "Te voy a poner un nuevo nombre, ¡ahora te llamaré Águila!".

Y así fue. Hasta el día de hoy planea por encima de las montañas, mirando a todos sus hermanos y hermanas del mundo.

Pan casero Cree

CANADÁ

Los Cree son uno de los grupos más numerosos de nativos americanos, con unos 200.000 miembros en una gran zona del centro de Canadá, principalmente al norte y oeste del Lago Superior.

Ingredientes:

6 tazas de harina
1 taza de manteca
3 cucharadas soperas de levadura en polvo
1 cucharada sopera de sal
2 tazas de pasas secas
1 taza y ½ de agua

Preparación:

Mezclar la harina y la manteca a mano en un cuenco grande.
Añadir la levadura en polvo, la sal y las pasas. Mezclar bien.
Añadir el agua y amasar hasta que se haga una masa.

Tradicionalmente el pan se cocina a fuego abierto.
Para hacer esto, dividir la masa en cuatro partes y ponerlas firmemente alrededor de un palo largo y sujetar el palo encima del fuego. Girar el palo cada poco tiempo.

Para cocinar en el horno, extender la masa en un molde cuadrado de unos 25 cm. Hornear a unos 220°C (425°F) durante unos 25 minutos o hasta que la masa adquiera un color marrón dorado.

Compartida por Ruth Ker

Tamales

MÉXICO

En México celebramos el Día de la Candelaria el 2 de febrero, cuarenta días después del nacimiento de Cristo. Este es el día en que quitamos los belenes navideños de nuestras casas, y algunos llevan la figura de Cristo a la iglesia para que sea bendecida.

Al igual que en otras festividades, comemos comidas especiales que son parte del día; en esta ocasión comemos tamales y atole (una bebida hecha de harina de maíz y agua). El día de los Reyes Magos (la Epifanía), el 6 de enero, siempre comemos roscón de reyes, una tarta dulce que esconde una figurita del niño Jesús o una alubia negra, que simboliza a Baltasar. Aquel que come el trozo de tarta que contiene la figura será el anfitrión de la fiesta de la Candelaria, y debe hacer los tamales y el atole e invitar a todos los que estuvieran presentes el día de los Reyes Magos.

En los tiempos prehispánicos también había una celebración especial por las mismas fechas, era cuando la gente llevaba sus granos de maíz a los templos para que se los bendijeran antes de que llegara la época de la plantación, unos días más tarde.

En nuestras clases de Infantil también hacemos tamales con los niños. Es una tarea que nos lleva todo el día, hay suficiente trabajo para todos -desde moler el gano hasta envolver la masa- y termina con una merecida recompensa, la comida.

Ingredientes:

Vainas de maíz secas (disponibles en muchas tiendas de comida mexicana o de Sudamérica)
Masa de tortilla de maíz (también disponible en tiendas de comida especializadas)
Salsa verde (ver la receta más abajo)
Queso rallado
Alubias refritas (pueden comprarse alubias en lata para que las trituren los niños)

Salsa verde:

Pelar 30 tomates verdes pequeños (tomatillos). Para hacer esto debemos meterlos en agua hirviendo durante unos minutos y después ponerlos en agua fría; las pieles deberían quitarse fácilmente. Cocinarlos en una sartén que tenga la base cubierta de agua hasta que los tomates estén blandos y estén de color verde claro. Haz un puré con los tomates añadiendo uno poco de cebolla bien picada, cilantro, un diente de ajo y sal al gusto. Cocinar durante unos 20 minutos a fuego lento para que se mezclen los sabores.

Preparación:

Colar las vainas de maíz con agua tibia para que se ablanden.
Amasar la masa de tortilla con sal al gusto y un poco de agua, como ¼ de taza.
Pon un poco de la masa en una vaina de maíz, asegúrate de ponerla en la parte más ancha de la vaina, dejando espacio a cada lado de la vaina. Añade el relleno: queso, alubias refritas, salsa verde. Tradicionalmente se sirve con salsa verde y queso o con alubias refritas y queso.
Envuelve el tamal cerrando primero los laterales, el uno sobre el otro, y después lleva la unión de los laterales a la base de la vaina.
Pon los tamales a hacerse al vapor con suficiente agua como para que dure varias horas.
Pon una moneda al fondo del recipiente con agua; cuando la oigas dar golpes, es el momento de añadir más agua.
Cocer al vapor entre 2 horas y 2 horas y media.
Probar para ver si la masa de maíz está hecha.
Practica varias veces antes de hacerlo con los niños.

Compartida por Sol Velázquez

Traducida al inglés por Louise deForest

Magdalenas de cumpleaños

ESTADOS UNIDOS

Después de años de debate sobre los tipos de comida que los padres debían traer para compartir en la clase el día del cumpleaños de sus hijos, finalmente me encontré con esta receta para hacer unas magdalenas muy simples y que gustan mucho. Les di a los padres una carta en la que hacía una pequeña descripción de la propia celebración del cumpleaños y añadí esta receta para que la hicieran en casa. En el día señalado, los padres traen una ensalada de fruta y una hornada de estas magdalenas para que lo compartamos en la clase. En niño que celebra su cumpleaños las lleva en una cesta y se las va dando a todos los compañeros a la hora del desayuno, ¡y así tenemos una celebración magnífica! Con esta receta salen unas 15 magdalenas.

Ingredientes:

2 ¼ tazas de harina de trigo integral
3 cucharaditas de levadura en polvo
1 cucharadita de sal
1 taza de miel
½ taza de aceite
1 taza de leche
1 manzana rallada
2 huevos y 2 cucharaditas de vainilla

Preparación:

Mezclar la harina, la levadura y la sal. Añadir la miel, el aceite y ½ taza de leche. Batir durante dos minutos. Añadir la otra media taza de leche, los huevos, de uno en uno, y la vainilla. Añade la manzana rallada. Mezclar bien.

Untar los recipientes para magdalenas con mantequilla, verter la mezcla en los recipientes y hornear durante unos 15 ó 20 minutos a 175°C (350°F)

Compartida por Louise deForest

América del Sur

La piedra mágica

UN CUENTO DE ANANDA ELUF. BRASIL.

Había una vez una niña pequeña que vivía con su madre y su padre en una cabaña junto al bosque. Muy cerca había una montaña preciosa, y cada día la pequeña andaba por el camino de piedras amarillas y subía a la cima de la montaña. Y se sentaba allí todo el día mirando al mundo.

Ella creía que todo era más bonito si se miraba desde la cima de la montaña; el cielo era más azul y, cuando había un arcoíris, estaba cerca, tan cerca de los colores que se podía sentir como uno de ellos.

Un día, mientras estaba sentada en la cima de la montaña jugando a ser una de las piedras silenciosas, en la tranquilidad, oyó unas voces cantar:

Plaf, plaf sin cesar,
Los enanos van a caminar;
Sus sombreros se van agitando
Y en parejas caminando.
A la montaña subirán,
Con nieve o sol trabajarán.

Miró hacia abajo y vio a muchos enanos con sombreros de colores que caminaban hacia la montaña. Mientras los miraba, siempre quieta, los vio pasar por una puerta que había en la ladera de la montaña.

Al día siguiente subió a la montaña corriendo y volvió a ver a los pequeños hombres:

Plaf, plaf sin cesar,
Los enanos van a caminar;
Sus sombreros se van agitando
Y en parejas caminando.
A la montaña subirán,
Con nieve o sol trabajarán.

La niña vio que caminaban juntos, cantando, que cada uno de ellos llevaba un hacha en sus manos y que sobre sus hombros colgaban pequeños zurrones. Cuando entraban en la montaña sus zurrones estaban vacíos, pero cuando volvían a salir, al final del día, sus zurrones estaban llenos y parecían muy pesados. La niña quería saber qué era lo que llevaban en sus zurrones.

El tercer día volvió esperando descubrir su secreto. De nuevo se quedo tan quieta y callada como una piedra y volvió a oírlos cantar:

Plaf, plaf sin cesar,
Los enanos van a caminar;
Sus sombreros se van agitando
Y en parejas caminando.
A la montaña subirán,
Con nieve o sol trabajarán.

Esperó hasta que el último de los enanos hubo entrado en la montaña, corrió hasta la puerta lo más rápido y silenciosamente que pudo y, haciéndose tan pequeña como un armadillo, ¡zass!, se coló por la puerta.

Había muchos enanitos trabajando y cantando, extrayendo yemas de muchos colores de las paredes de la montaña. ¡Las piedras brillaban tanto que toda la cueva se iluminaba!

Estaba mirando todo tan maravillada que se olvidó de esconderse y un enano con un gorro púrpura la vio y le dijo: "¿Quién eres?"

"Soy amiga de estas montañas y quería saber lo que estáis haciendo aquí dentro."

Y así fue como se hizo amiga de los enanos y cada tarde iba a la montaña, pero no para sentarse en la cima como solía hacer, sino para entrar en ella. Cantaba a los enanitos mientras ellos trabajaban y a menudo les llevaba pasteles y galletas, fruta y té.

Al enanito del gorro púrpura le gustaba tanto oírla cantar que le dio la piedra más especial de su zurrón, una piedra púrpura que brillaba muchísimo.

"Cuando estés triste, coge esta piedra y todo volverá a estar bien y estarás contenta otra vez", le dijo.

La pequeña llevó esa piedra a todas partes con ella. Incluso a la hora de dormir, la ponía bajo su almohada y siempre le traía dulces sueños.

El Pez Dorado y la Estrella Mágica

UN CUENTO DE ANANDA ELUF. BRASIL.

Había una vez dos amigos que eran muy felices y que se querían mucho. Sin embargo, nunca podían reunirse o jugar juntos porque uno vivía en un cielo azul inmenso y el otro vivía en un mar azul y profundo.

Tenían una cosa en común: ambos eran dorados y brillaban tanto, tantísimo, que hacían felices tanto al mar como al cielo con su brillo.

Cada vez que se veían, hablaban largo y tendido, aunque estuvieran tan lejos.

Un día, la Estrella Mágica le preguntó al Pez Dorado qué tal se vivía en el mar profundo. El pez le dijo que en las profundidades del mar todo era precioso: peces de todos los colores y tamaños, grandes y pequeños, nadaban entre las conchas y las plantas del mar bailaban con las olas.

Una tarde, el Pez Dorado fue con sus amigos a oír los cuentos que contaba el viejo pulpo. El mar estaba en calma y todo estaba tranquilo en aquel momento del día. En ese momento, pasó una preciosa ballena. También les contó cuentos y les dijo que también había estrellas que vivían en el océano, pero que eran rojas y que se arrastraban por el fondo del mar.

El Pez Dorado también quería saber cosas del cielo estrellado: "Dime, pequeña estrella, ¿cómo es la vida allí arriba?", le preguntó.

La estrella estaba muy contenta de contarle lo maravillosa que era la vida en el cielo estrellado. "Por el día, el sol brilla ardiente y da color a todas las cosas del

mundo. Y las amables nubes se convierten en cojines para los pájaros. Cuando llueve y al mismo tiempo hace sol, el arcoiris hace un puente en el horizonte. Cuando el sol se esconde tras las montañas, mis amigas, tanto las grandes como las pequeñas, y yo empezamos a brillar con nuestra luz. Nuestras luces hacen *¡plim, plim, plim!* En ese momento, la Madre Luna, que está muy agradecida, viene a contarnos cuentos y a dar luz a su amiga, la Tierra".

El Pez Dorado estaba maravillado con las historias de la vida en el cielo y la Estrella Mágica estaba encantada con las historias de la vida en el mar.

"Vivimos en unos sitios muy especiales, pero jamás nos podremos reunir...", dijeron.

Un día la Estrella Mágica tuvo una idea que hizo que brillara más fuerte que nunca.

"¡Pez, pez! ¡Espera un momento! Pronto, muy pronto nos reuniremos", dijo la estrella.

Una preciosa noche estrellada, la Estrella Mágica fue a hablar con la Madre Luna y le preguntó si podía saltar al mar. La estrella le contó a la Madre Luna que tenía un amigo muy especial con quien quería reunirse.

Un viento fuerte sopló y un rayo de luz brillante cayó al mar bailando. La Estrella Mágica pasó de estrella fugaz a estrella de mar y ahora los dos amigos pueden estar juntos para siempre.



La Pequeña Semilla

UN CUENTO DE ANANDA ELUF. BRASIL.

Había una vez una pequeña semilla que cayó de la mano de un niño. La pequeña semilla miró por la tierra y vio tantas cosas hermosas que se empezó a poner triste por ser solo una semilla muy pequeña. Anhelaba ser como las cerezas que colgaban por encima de ella o una naranja dulce y jugosa, y no solo una pequeña semilla.

Miró hacia el cielo y vio una bandada de pájaros volando y jugando en el cielo, haciendo piruetas en el aire, y se imaginó lo bonito que sería ser un pájaro, tener alas y ¡VOLAR!

Pero solo era una semilla muy pequeña.

Miró hacia un lado y vio un caballo precioso. "¡Qué lleno de vida está! También me gustaría ser así, ¡tan brillante!", pensó.

Pero solo era una semilla muy pequeña. Estaba cansada de ser una pequeña semilla, una semilla tan pequeña que ni siquiera la veían.

Miró hacia el otro lado y vio una mariposa azul. Tenía tanta luz, unas alas tan livianas con unos dibujos tan bonitos que pensó: "También me gustaría ser una mariposa, o al menos tener unas alas tan especiales... ¡así me vería todo el mundo!". Pero sería muy raro que una pequeña semilla tuviera alas...

Y se puso triste, cada vez más triste, tan triste que empezó a hundirse poco a poco. Y se hundió en la tierra. Se sentía bien en la cálida tierra.

Llovió.

E hizo sol.

Y de repente, un pequeño tallo verde salió de la tierra.

Más lluvia.

Y más sol.

¡Y el tallo empezó a crecer! ¡Se puso muy contenta al saber que una pequeña semilla se podía convertir en una hermosa planta!

Más lluvia y más sol.

Siguió creciendo y creciendo, hasta que un día se miró a sí misma y vio que era un árbol precioso cubierto de deliciosas cerezas.

Los pájaros volaron hacia él y se posaron en sus ramas para cantar y hacer sus nidos. Las mariposas más bonitas vinieron y bailaron alrededor de sus hojas.

Los animales de los campos y los bosques vinieron a dormir al frescor de su sombra, pero se puso todo lo contenta que se puede estar cuando los niños y niñas se subieron a sus ramas para coger las cerezas y llevárselas a casa para comer.

Un pequeño subió al árbol. Cogió una cereza y se la comió. Y la pequeña semilla de aquella cereza cayó de su mano al suelo...



Información sobre los cuentos y los colaboradores

Página 15: **El nombre del árbol** es un cuento Bantú que se encuentra en el libro Cuentos para Chiquitines (Editorial Rudolf Steiner, Madrid), y aportado por Lourdes Tormes.

Página 21: **Tunjur, Tunjur** es un cuento árabe palestino de Israel. Fue enviado por Stefanie Allon y revisado por Louise deForest.

Página 27: **Momotaro, el niño melocotón** es un cuento tradicional japonés adaptado por Lory Widmer.

Página 35: **La pequeña llama**, un cuento original de Sandra Busch que fue publicado por primera vez en Star Weavings, el boletín informativo de la Asociación Australiana para la Educación Infantil Waldorf Steiner.

Página 39: **La pequeña zarigüeya que quería un melocotón, Hora de ir a la cama y ¿Dónde ha ido Padre Sol?** fueron enviados por Heather von Zyl están incluidos en este libro con permiso de la autora, Chrisanthi McManus.

Página 57: **El viaje del patito** fue traducido del alemán por Matthew Goldmann y enviado por Brigitte Goldmann.

Página 59: **La historia del gato que tenía una cola muy, muy larga** fue traducido del Flamenco y enviado por Clara Aerts.

Página 65: **Tom el sastre** fue traducido del Danés y enviado por Helle Heckmann.

Página 69: **La pequeña ardilla del fresno y la pequeña ardilla del roble y Turlutin** fueron enviados por Philipp Reubke. Se desconoce el nombre de los autores.

Página 77: **El farol** es un antiguo cuento alemán revisado por maestros del Emerson Waldorf School de Carolina del Norte, que lo han usado durante muchos años para el teatrillo de la fiesta de San Martín.

Página 81: **Uvas que hablen, manzanas que sonrían y melocotones que suenen** fue traducido del Húngaro por Zsuzsa Magyari y enviado por Joli Kiss.

Página 87: **La anciana y el ratoncito** fue traducido del Sueco y enviado por Gudrid Malmstem.

Página 91: **Señor Gato** fue enviado desde Ucrania por Svetlana Eks.

Página 95: **El cuento de la piedra de sopa** fue enviado por Janni Nicol. Es una adaptación hecha por los maestros del Jardín de Infancia Soupstone, que hicieron una amplia búsqueda tratando de encontrar una versión de este conocido cuento que estuviera más en consonancia con el niño pequeño.

Página 107: **Cómo el petirrojo se hizo con el rojo de su pecho** es una leyenda del pueblo Sechelt, nativo de la Costa Salish de la Columbia Británica. Fue enviado por Ruth Ker y adaptado por Louise deForest basándose en la versión publicada por Nightwood Editions.

Página 111: **Tajín y los siete truenos** es una adaptación de una leyenda mexicana hecha por Felipe Garido, enviada por Alida González.

Página 115: **La leyenda de Tepozteco** fue adaptada y enviada por Sol Velásquez Suárez.

Página 121: **La historia del ratón saltarín** es un cuento tradicional de los pueblos nativos del área de Las Grandes Llanuras de Estados Unidos, publicado por primera vez en el libro Seven Arrows de Hyemeyohsts Storm. Esta versión es una adaptación de Lory Widmer.

Página 135: **La piedra mágica, El pez dorado y la Estrella mágica y La pequeña semilla** son cuentos originales de Ananda Eluf. Fueron enviados por Silvia Jensen y traducidos del Portugués por Louise deForest.

Información sobre IASWECE

Los maestros de Jardín de Infancia Waldorf buscan cuidar el desarrollo de las capacidades individuales y únicas de cada niño ofreciéndoles un entorno cálido y casero con oportunidades para jugar usando la imaginación, trabajar con sentido así como vivir experiencias artísticas, en la naturaleza y en la comunidad. En el entorno Waldorf hay cerca de 2000 Jardines de Infancia, Madres de Día, Centros de Atención Infantil y Centros Preescolares en más de sesenta países repartidos por todo el mundo.

La Asociación Internacional de Jardines de Infancia fue fundada en Stuttgart, Alemania, en 1969 por el Dr. Helmut von Kügelgen y un grupo de maestros de Jardín de Infancia Waldorf. Durante más de 35 años hizo la labor de Asociación de Jardines de Infancia Waldorf de Alemania, y de Jardines de Infancia Waldorf a nivel mundial promoviendo el desarrollo de Jardines de Infancia y centros de formación en Europa, Norteamérica, Sudamérica, Australia, África y Asia. Además, la Asociación ha organizado conferencias, publicado recursos y boletines informativos, y ha formado grupos de trabajo para tratar temas relacionados con el cuidado y la educación del niño desde el nacimiento hasta su entrada en la escuela.

Según se fue estableciendo la educación infantil a nivel mundial, se vio claramente la necesidad de una organización independiente que gestionara dichas actividades internacionales y en 2005 se fundó la Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf/Steiner (IASWECE). En muchos países, los maestros de educación infantil han creado sus propias asociaciones para promover la colaboración interna. Estas asociaciones pueden solicitar ser Miembros de Pleno Derecho de la Asociación Internacional y así participar directamente en las actividades de IASWECE. Cada Asociación que sea Miembro de Pleno Derecho manda un representante al Consejo de IASWECE, que se reúne dos veces al año.

En las siguientes páginas se puede encontrar la información de contacto de IASWECE y de las asociaciones de los países que son miembros actualmente. Por favor, no dude en ponerse en contacto con dichas asociaciones si quiere conocer más acerca de la Educación Infantil Waldorf.

ASOCIACIONES INTERNACIONALES PARA LA EDUCACIÓN INFANTIL WALDORF/STEINER

Información general:
info@iaswece.org

Apoyo a proyectos, colaboradores y patrocinios, ayudas:
Clara Aerts, Belgium
c.aerts@iaswece.org
Tel: 0032 498 223 281

Afiliación, correspondencia del Consejo, Investigación y Grupos de Trabajo:
Susan Howard, USA
s.howard@iaswece.org
Tel: 001 413 549 5930

Conferencias, Página Web, Boletines Informativos:
Philipp Reubke, France
ph.reubke@iaswece.org
Tel: 0033 977 197 137

Existen programas de educación infantil Waldorf en más de sesenta países.
Las siguientes Asociaciones Nacionales son Miembros de IASWECE:

Listado internacional completo:
www.iaswece.org

ESPAÑA
ASOCIACIÓN DE CENTROS EDUCATIVOS WALDORF
Lourdes Tormes
Apartado de Correos nº 65 - 28230 Las Rozas - Madrid
Telf. 913071210 - Fax.913071210 - colegioswaldorf@telefonica.net

NORTEAMERICA
Waldorf Early Childhood Association of North America
Louise deForest
285 Hungry Hollow Road, Spring Valley NY 10977
Telf. 0018453521690 - Fax. 0018453521695
info@waldorfearlychildhood.org
www.waldorfearlychildhood.org

NOTA SOBRE EL TIPO DE FUENTE

Este libro fue escrito en Calluna Sans, fuente creada por el diseñador holandés Jos Buivenga en 2010. Su apariencia clara y moderna se basa en el estilo y las proporciones de las fuentes "humanistas" italianas del siglo XV, que reemplazaron a las fuentes previas, de aspecto gótico y oscuro, para así dar un aspecto más liviano y un sentimiento de mayor apertura.

Los títulos se escribieron en ITC Cerigo, fuente creada por el diseñador francés Jean-Renaud Cruz en 1993. Este tipo recupera la gracia y la elegancia de la caligrafía del Renacimiento sin ánimo de producir una letra imitada. Cruz la llama "cursiva vertical".

EDICIÓN EN ESPAÑOL EDITADA POR
EDITORIAL RUDOLF STEINER

EDICIÓN ORIGINAL EDITADA POR LOUISE DEFOREST
ILUSTRACIONES DE GUDRID MALMSTEN
Estos 24 cuentos maravillosos y las 10 deliciosas recetas llegan desde las Asociaciones Nacionales Miembros de IASWECE, la Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf/Steiner.
Todos los beneficios de la venta de este libro se donarán a la labor que lleva a cabo IASWECE representando a los niños del mundo.
ASOCIACIÓN INTERNACIONAL PARA LA EDUCACIÓN INFANTIL WALDORF STEINER



ISBN: 978-84-92843-49-7

Asociación Internacional para la Educación Infantil Waldorf-Steiner
Editorial Rudolf Steiner